
UNIVERSITY
CAROLINA
AT CHAPEL HILL
a 00002 33995 4


LUX
LIBERTAS

SERAFÍN y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

La dicha ajena

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y UN PROLOGO



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Salón del Prado, 14, hotel
1902

Vº Bº

9 Abril 1909

R. Hernandez
Bermudez

LA DICHA AJENA

LA DICHA AJENA

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y UN PRÓLOGO

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA el 4 de Noviembre de 1902



MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA 11 DUP.°
Teléfono número 551

1902

Á LA MEMORIA

DEL INSIGNE CRÍTICO

Leopoldo Alas (Clarín)

QUE MURIÓ LUCHANDO POR LA BELLEZA,
LA VERDAD Y LA JUSTICIA

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
GRACIA LATORRE	SRA.	PINO.
MANOLITA		RODRÍGUEZ.
SALVADORA		DOMÍNGUEZ.
JULIA	SRTA.	MANTILLA.
CARMEN		SANTIAGO.
PAULA		SÁNCHEZ
GONZALO VEGA	SR.	MORANO.
JOSÉ RAMÓN		TALLAVÍ.
DON FAUSTINO		VALLÉS.
SOLANO		RUBIO.
BERRUGUETE		MENDIGUCHÍA.
COLMILLO		MATA.
POZO		LÓPEZ ALONSO.
DON MELCHOR		MORA.
LOBO / SARMIENTO		RUBIO.
BAUTISTA		SEPÚLVEDA.
MOLERO		SALA.
JUAN		MORA.
DOMÍNGUEZ		HUERTAS.
GORDILLO		CAYUELA.
DANIEL		CASTRO.



PRÓLOGO

Cuarto de estudio de Gonzalo Vega en su casa de Guadalema Puerta al foro y otra á la derecha del actor Una mesa á la izquierda, varios estantes y muchos libros. Nada de bustos ni de estatuas simbólicas.

Es de noche. Sobre la mesa un quinqué encendido y un libro abierto.

ESCENA PRIMERA

JOSÉ RAMÓN y PAULA

J. RAM. (*Sale por la puerta del foro, echa un vistazo al cuarto, y al ver que está solo asómase á la misma puerta y habla hacia dentro.*) Oye, tú, muchacha; que aquí no hay nadie

PAULA (*Dentro.*) ¿No está el señorito? (*Sale.*) Pues estaba hace dos segundos. Ya ve usted: la luz encendida y el libro abierto.

J. RAM. Sí, sí. Avísale.

PAULA ¿Y quién le digo que quiere verle?

J. RAM. Dile que yo.

PAULA Pero ¿quién es usted?

J. RAM. Un amigo suyo. El que menos espera. Díselo tú así.

PAULA Bueno. (*Vase por la puerta de la derecha.*)

ESCENA II

JOSÉ RAMÓN y GONZALO

J. RAM. (Es hombre de unos treinta y tres años, de mirada al suelo, cabello oscuro y abundante, y bigote rojizo. En el pelo de encima de la frente tiene un mechón blanco. Viste con cierto desaliño de buen gusto. Mientras Gonzalo viene, se dedica á observar el cuarto, que por cierto tiene bien poco que observar. Hojeando el libro abierto que hay sobre la mesa, dice:) Este todavía estudia... ¡Pobrecillo! Siempre tuvo la cabeza llena de muñecos

GONZ. (Saliendo por la puerta de la derecha.) ¿Quién es?

J. RAM. Yo mismo.

GONZ (Alegremente sorprendido.) ¡Muchacho! ¿Tú por estas tierras?

J. RAM. Así parece. (Se abrazan.)

GONZ. Tenía razón mi criada: el que menos podía yo esperar. ¿Sabes que te encuentro muy cambiado?

J. RAM. Como que lo estoy: por dentro y por fuera. Tú también has cambiado mucho.

GONZ. Por fuera nada más. Va para cinco años que no nos vemos, Joselillo. Siéntate. ¡Caray qué sorpresa más grata! (Se sientan los dos. Gonzalo es un mozo de pocos menos años que José Ramón, de fisonomía inteligente y vigorosa, expresión franca y finos ademanes. En su manera de vestir, modesta y sencilla, revela ingénita distinción.)

J. RAM. ¿Y tus padres, Gonzalo?

GONZ. Más buenos que nunca. En la casa de junto están. ¿Y tú? ¿tienes familia? ¿qué te has hecho? ¿á qué vienes á Guadalema? ¡Tenemos conversación para dos horas! ¿Ejerces?

J. RAM. ¡No que no! De chupatintas, que es el paradero de todos nosotros.

GONZ. ¿Cómo de chupatintas?

J. RAM. Lo que oyes. Vengo á Guadalema, á esta insigne capital de provincia, en clase de rueda de la administración. Soy funcionario público.

GONZ. ¿Ah, sí? Pues ¿y la carrera? ¿Qué se hizo de aquél busto de Hipócrates?

J. RAM. Lo tiré por el balcón una mañana, en lugar de tirarme yo, que hubiera sido lo derecho.

GONZ. ¡Pero hombre!

J. RAM. Me costó mucho convencerme de mi inutilidad, pero al fin y al cabo me convencí de que no sirvo para nada. Por eso pedí un destino del Gobierno.

GONZ. ¡Caramba! ¡qué pronto te has rendido!

J. RAM. ¿Pronto dices? ¿No oyes que me costó mucho trabajo adquirir la conciencia de mi desgracia?... Sí, hijo, sí; tarde ya, llegué á persuadirme de que no tenía vocación de médico, ni aptitudes, ni entusiasmo por la carrera, ni afición á curar á nadie, sino más bien á todo lo contrario.

GONZ. ¡Muchacho! ¡Eres otro!

J. RAM. Como ser, soy el mismo; sino que un vendabal me ha vuelto del revés.

GONZ. Pero ¿qué cosas te han pasado? Cuenta.

J. RAM. Mira; en Madrid... Bueno, te advierto que á tí te hablo como á nadie; te enseño mi alma, que no está para enseñársela á todo el mundo. ¡Y á fe que necesitaba de este desahogo! En Madrid, cuando terminamos la carrera y tú te viniste con tus padres, me dió la ventolera por establecerme en un barrio para probar fortuna.

GONZ. Sí; recuerdo que me lo decías en la única carta que me has escrito.

J. RAM. Pues toma nota: á medida que yo ejercía la sagrada ciencia se iba el barrio quedando solo. (Habla con amargura, y como recreándose irónicamente en ridiculizar su historia desgraciada.)

GONZ. ¡Bah! No te creo.

J. RAM. Es el evangelio lo que digo. Tengo sobre mi alma la desaparición violenta de unos cuantos prójimos, entre ellos un cuñado mío. Bueno, ese bien muerto está. Si no lo mato yo, me mata él á mí á desazones, conque ¡bendita sea la ciencia! Excuso decirte que con tales triunfos acabaron por no llamarme ni en Carnaval á título de broma.

GONZ. ¡Qué cosas tienes!

J. RAM. Salté á otro barrio, como á Francia don Luis Mejía; corrí la misma suerte... y á la desesperada ya, por no pegarme un tiro, me agarré á la titular de Terriza del Campo.

GONZ. No conozco ese pueblo.

J. RAM. Pues es cosa fantástica. El alcalde vende uvas por la calle y el juez tiras bordadas y botones. Al maestro de escuela lo colgaron de un árbol por inútil, y al cura lo colgarán en breve. Y así todo. El que está en la gloria es el médico.

GONZ. ¿Sí, eh?

J. RAM. Mil realitos de titular y poco más ó menos de igualas. Bien es verdad que casi siempre le pagan á uno en cebollas...

GONZ. ¿En cebollas, chico?

J. RAM. Es la riqueza del país.

GONZ. ¿Durarías muy poco en esa Jauja?

J. RAM. Naturalmente. Entre otras razones, porque me era imposible la competencia con un saludador á quien le llamaban el tío Pelusa. Desesperado me volví á Madrid y mandé la carrera á los demonios. Busqué trabajo, no lo encontré en seis meses, sufrí mucho... y en resolución dí con mis huesos en el escritorio lóbrego y antipático de una gran casa de comercio. Yo nunca he sido muy alegre, pero allí acabó de ponérseme el alma color de ceniza. Una mañana me levanté con la bilis más revuelta que de ordinario y en un altercado le dije á mi jefe que era un tiralíneas. Lo tomó á mal y me echó á la calle. No lo sentí. A los pocos días, un diputado amigo mío, en pago de cierto favor que le hice en mis buenos tiempos de doctor —le maté un prestamista,—me empleó con seis mil reales en Hacienda. Dos años después me ascendió... y aquí me tienes.

GONZ. Cierto que es bien amarga tu vida. ¡Y cuánto deben de doler esos desengaños!...

J. RAM. Duelen, duelen; y dejan mala levadura.

GONZ. Oye, me has hablado de un cuñado tuyo, ¿verdad?

J. RAM Sí.

GONZ ¿Te casaste, pues?

J. RAM. Y ya estoy viudo.

GONZ ¿Viudo ya?

J. RAM Una nueva razón para hacerme adorar la vida. Si no fuera por... (Extendiendo una mano en ademán de señalar la estatura de un niño.)

GONZ. ¿Qué?

J. RAM. (Insistiendo en el mismo ademán.) Por ..

GONZ ¿Tienes hijos?

J. RAM Una niña. Preciosa. Ya vendrás á verla una tarde La llamo Nela. A su madre la llamaba lo mismo. Es... Vamos, es preciosa. Vale la pena de vivir por tenerla al lado.

GONZ. Alguna luz había de quedarte, hombre.

J. RAM Es el único pedazo de cielo que veo desde mi calabozo. (Silencio.) ¿En qué piensas?

GONZ. En lo doloroso de tu historia.

J. RAM ¿Se parece á la tuya?

GONZ. En nada; pero temo que algún día pueda parecérsele.

J. RAM ¿Qué te haces ahora?

GONZ Estudiar mucho... y soñar más.

J. RAM Ya ves en lo que paran los sueños.

GONZ No siempre, no siempre... Sin embargo...

J. RAM Me ha costado trabajo dar contigo: en Guadalema no te conoce nadie. ¿Cómo es eso, Gonzalo?

GONZ. ¿A quién has preguntado por mí?

J. RAM En el Casino pedí noticias á unos pocos.

GONZ Yo no voy al Casino. Apenas salgo de estas cuatro paredes.

J. RAM Entonces me explico que no te conozcan. ¿No tienes aquí amigo ninguno?

GONZ Casi ninguno. Ninguno, mejor dicho. ¡Bien venido seas tú!

J. RAM. Pero, hombre, es extraño...

GONZ. Es lo más natural; y cuenta que yo también te hablo á tí como á nadie. Mi padre, tú lo sabes, ha sido herrero en Guadalema. Cometió ese tremendo delito: ¡ser herrero, ya ves! Dale que le das al yunque y al martillo, en este caso sin metáfora, consiguió reunir unos cuartejos, dejó su negocio, y soñó que su

hijo fuese señorito de carrera. Como no conocía más trabajos ni más sudores que los de su herrería, de esos quiso librarme, y supo hacerlo. Yo no sé si Dios se lo pagará; creo que sí; pero por si Dios no se lo paga, yo, su hijo, se lo pienso pagar. ¿Qué dices?

J RAM. Nada. Tú siempre en las estrellas.

GONZ. A ver si me va mejor á mí en las estrellas que á tí en el mundo.

J. RAM. A ver.

GONZ. En el hierro que batió mi padre y en la ropa que yo visto ahora tienes la explicación de mi falta de amigos. Los muchachos con quienes jugué y entre quienes crecí, todos están en talleres y fábricas: no han cambiado de medio ambiente. A mí me llaman entre burlas y veras «el señorito.» Sus costumbres, sus gustos, por ley natural, distan mucho de ser los míos: no puedo reunirme con ellos. Los otros, los que se parecen á mí en la ropa, esos me llaman, como para que no me acerque á saludarlos, «el hijo de Vega el herrero.»

J. RAM. Es verdad; así te nombró en el Casino quien me dijo donde vivías.

GONZ. Ya lo ves. Así me llaman todos, y así quiero yo que me llamen siempre. Pero también aspiro á que cuando pase por la calle Vega el herrero se diga alguna vez: «ese es el padre de Gonzalo.»

J. RAM. (*Con esfuerzo, con voz apagada, como si temiese recibir una respuesta afirmativa.*) Según eso, ¿trabajas de firme?

GONZ. Lo mismo que si estuviera en la herrería.

J. RAM. ¿En la carrera, por supuesto?

GONZ. Por supuesto.

J. RAM. ¿Y consigues algo?

GONZ. Hombre, hasta ahora... No te creas, ya empiezo, ya empiezo... Y no me falta la fortuna. El otro día, por casualidad, dí en casa de un obrero que tenía una chiquilla muy grave, casi desahuciada, y ¡qué demonio! tuve la suerte de sacarla á flote.

J. RAM. Sí que fué suerte.

GONZ. ¿No te digo? Pues ha corrido la especie por la vecindad, y me he creado ciertas simpatías... Poquito á poco...

J. RAM. ¿Sigue dándote el naipe por los chiquillos?

GONZ. ¡Ah, sí! Por esa vereda tan bonita van mis ideales. Encuentro yo que la misión del médico, que siempre se me figura grande y noble, cuando se trata de chiquillos lleva además consigo un perfume de poesía, una aureola de delicadeza y de cariño, que advierto que tienen correspondencia y eco dentro de mi alma. Es la vocación; no me cabe duda... Los hombres, las mujeres, te hablan de sus padecimientos, de sus heridas, de sus males: en los niños tienes que adivinarlos... Y esta condición de adivino del dolor infantil, me parece cosa tan sublime, tan alta, que creo que es un beso que da Dios en la frente de algunos hombres. ¡Si fuera yo uno de ellos!...

J. RAM. (Inquieto y nervioso, pero esforzándose en aparecer tranquilo.) Te remontas, tú; veo que te remontas.

GONZ. ¿Y quién no, hablando de esto? Hay que comprender todo lo que significan los niños, cuánto vale el germen que en sí llevan, para apreciar su vida justamente. Al fin y al cabo, cuando muere un hombre, joven ó viejo, realidad ó esperanza, alguna huella queda de su paso: se sabe lo que ha sido; se vislumbra lo que pudo ser... Pero ¿quién sabe lo que muere cuando muere un niño?... En fin, muchacho, veo que te estoy martirizando con mis ilusiones y mi charla... Lo comprendo: tú vienes ya de vuelta, como Don Quijote cuando se retiraba á hacer vida de pastor en su aldea, rendidos el cuerpo y el alma, y yo estoy ahora ensillando á Rocinante, probando la celada de encaje, preparando la lanza y la rodela, y soñando con Dulcinea del Toboso y el gigante Caraculiambro. ¿Qué te parece?

J. RAM. Que dices bien. (Se levanta.)

GONZ. ¿Te vas?

J. RAM. Sí; me he detenido mucho. Me esperan.

GONZ. Pero ¿nos hemos de reunir?

J. RAM. ¡Ya lo creo!

GONZ ¡Mira que te he visto entrar con mucha alegría!

J. RAM. Pues cuando yo he venido á buscarte...

GONZ. Seremos los amigos de Madrid.

J. RAM. Que se han juntado en Guadalema. (Se abrazan.) Adiós.

GONZ. ¿Vendrás mañana? ¿Dónde vives tú?

J. RAM Aún no tengo paradero fijo. Yo vendré Además, quiero conocer á tus padres.

GONZ. Y yo á tu chiquilla.

J. RAM. ¡Ah; ya verás!.. Adiós. No te muevas.

GONZ ¡Pero hombre!

J. RAM. No quiero que te muevas.

GONZ Si vas á enfadarte...

J. RAM. Me enfado, sí.

GONZ Pues adiós. ¿Hasta mañana?

J. RAM. Hasta mañana. (Encaminándose hacia el foro.) (¡Iluso! ¡Lo que te va á doler la caída!)

GONZ (Encaminándose hacia la puerta de la derecha.) (¡Ya tengo un amigo en Guadalema!)

J. RAM. (Volviéndose desde la puerta.) Adiós.

GONZ (Lo mismo.) Adiós.

FIN DEL PROLOGO

ACTO PRIMERO

Sala de tertulia en la planta baja del Casino de Guadalema, con balaustrada al foro que da á una plaza de la ciudad. A la derecha del actor la puerta de entrada á la sala. A la izquierda una puerta de arco que conduce al interior del Casino. En las paredes «panneaux» al óleo que representan diferentes vistas de España. Convenientemente colocados, sillones, butacas y mecedoras. En torno de la sala divanes adosados á la pared. Aquí y allá veladorcitos y mesas volantes. En el exterior, delante de la balaustrada del foro, sillas y veladores de hierro, protegidos por un toldo grande. Es de día y en el mes de Mayo.

ESCENA PRIMERA

JOSÉ RAMÓN, COLMILLO y MOLERO; luego BAUTISTA, que entra y sale durante todo el acto.

(José Ramón, sentado á la izquierda del foro, ante una mesita. A su lado en una silla tiene un periódico. Colmillo lee «El Alambique» sentado á la izquierda, en primer término, y Molero le hace compañía mientras limpia una boquilla de ámbar con paternal cariño. Cuando concluye de limpiarla saca otra de espuma de mar, y así sucesivamente. No hace otra cosa el hombre.—Colmillo es un ente vulgar, con cara de bilis, bigote mordido, ojeras profundas y traje de un bazar de ropas hechas. Alguna que otra vez se le ven las cintas de los calzoncillos. Tiene el feo vicio de morderse las uñas, sobre todo cuando le

desagrada lo que oye, que es, por lo menos, siempre que se habla bien de alguien.—Molero es un señorito rico de provincia, vago como él solo y un tanto cursi, á pesar de sus pujos de figurín.)

MOL. Está bueno el día: corre un fresco muy agradable.

COLM. No está malo, no.

MOL. Son cerca de las tres. ¿Vámonos dando un paseo hasta los Alamillos?

COLM. ¡Ojalá pudiera!

MOL. ¿Tiene usted que volver al Instituto?

COLM. No; pero tengo que ir á casa de Marenco, á repasarle la asignatura al niño mayor, que es bastante arrimado á la cola. Bien es verdad que allá se le van todos los de la clase. Porque yo no he visto tarugos como los estudiantes de Guadalema. Usted dispense.

MOL. No hay de qué: yo no estudio nada.

COLM. El otro día se descolgó uno de ellos diciéndome que la vía láctea está en Galicia; porque él había leído en el texto que es el camino de Santiago.

MOL. ¿Y está en Galicia, efectivamente?

COLM. (Después de mirarlo con indignación.) Sí. ¡Nicolás Copérnico!

MOL. ¿Cómo?

COLM. Nada: leía...

(Sale Bautista por la derecha arrastrando los pies, con un servicio de te para José Ramón.—Bautista es un mozo viejo del Casino que apenas puede con la librea. Habla con vocecita atiplada y suave.)

J. RAM. ¿Viene ya hecho, Bautista?

BAUT. Sí, señor; he estado esperando, por lo mismo. (Le sirve el te.) ¿Quiere usted unas gotitas de anisado?

J. RAM. No; no quiero nada.

BAUT. Pues hace buen estómago con el te.

J. RAM. Sí; pero á mí no me gusta.

BAUT. Entonces... el gusto es lo primero. (Hace como que se va y no se va: el hombre quiere pegar la hebra y no sabe por donde tomar la embocadura.) Vamos... que no lo puede usted negar, señorito...

J. RAM. ¿Qué?

BAUT. La satisfacción... la alegría que por dentro le anda...

J. Ram. ¿A mí?

Baut. Es claro; como usted ha sido su amigo inseparable... y le quiere tan bien...

J. Ram. ¿Qué dice usted, hombre?

Baut. De don Gonzalo hablo.

J. Ram. Ah, vamos. Lo de todos los días. (Lo escucha conteniendo su mal humor.)

Baut. ¡Mire usted que ha sido subir como la espuma!... En dos años, una eminencia, como dicen...

J. Ram. Sí, sí...

Baut. Yo lo quiero... lo mismo que si fuera mi hijo... ¿No ve usted que el padre y yo fuimos uña y carne?... Peleamos juntos cuando la República... Pero mire usted lo que tienen las cosas: el señorito me da mucho respeto... más que si fuera otro... Algunas veces, cuando lo veo, me acuerdo de su padre y se me saltan las lágrimas... La vejez, ¿no es verdad? ¿Quiere usted más azúcar?

J. Ram. No; tengo bastante.

Baut. ¿Y el anisado, no se decide usted? Unas gotitas...

J. Ram. No, señor, no.

Baut. Antes, así que él empezó á curar y á hacerse famoso, aquí en el Casino era la comidilla de todo el mundo... «¡El hijo de Vega el herrero! ¿Ha visto usted? Dicen que vale tanto... Que si ha salvado al niño de Tal, y al niño de Cual... Suerte, suerte...» En un principio no querian creer que valía ni á tres tirones .. Esto ha sido la bola de nieve... Poquito á poco... poquito á poco... Pero lo que yo pienso para mí...

J. Ram. Y para mí también.

Baut. Cuando tanto dicen y hablan de él, será que lo vale, ¿no es verdad?... ¿no es verdad que sí?...

J. Ram. ¡Ah, es claro!

Baut. ¿A que de mí no dicen nada, ni de usted tampoco?

J. Ram. ¿Eh?

Baut. La bomba gorda fueron los discursos que echó este invierno pasado en Madrid. ¡Ma-

drid! ¡Madrid! Eso suena. ¡Y qué disputas aquí, madre santa! ¡qué peloteras! Hasta palos ha habido... Bien que no le cuento á usted nada nuevo... «Que si presumido, que si tonto, que si más le valiera seguir en la herrería»... Ya ve usted qué pasión de hombres... El señor Solano le defiende mucho al señorito... ¿verdad? Es buena persona... A mí me gusta ver cómo acorrala las más veces á los murmuradores... ¡Qué frescas les dice!... Usted también gozará mucho en oirle, ¿no? Como usted es el único amigo que don Gonzalo tiene... Amigo, amigo, lo que se dice amigo, ¿usted me comprende?

J. Ram. De sobra, hombre.

Baut. Qué, ¿le molesto quizás con mi charla? Usted perdone, señorito. ¿Es que le duele la cabeza? Si tomara café en lugar de te... ¿Y las gotas, las gotas...?

J. Ram. Ya le he dicho que no me gustan.

Baut. Hace poco pasó por ahí... (Sigue hablándole bajo.)

ESCENA II

DICHOS y DON MELCHOR

(Este don Melchor es un señor gordo que tiene algo de urraca. Sale por la izquierda, momentos antes de concluir la escena anterior, con cuatro ó seis periódicos en la mano y dos ó tres debajo del brazo. Va de aquí para allá recogiendo codiciosamente los que encuentra en mesas y butacas, sin atreverse con el que ve junto á José Ramón, y al fin se sienta sobre todos en una mecedora de la derecha, y se dispone á leer uno de ellos. Apenas se ha sentado llama á Bautista.)

D. Mel. Bautista, haga el favor. (Bautista, embebido en su charla, no se entera.) ¡Bautista!

J. Ram. ¿No oye usted que le llaman?

Baut. Ah; no había oído. (A don Melchor.) Mándeme usted.

J. Ram. (¡Gracias á Dios!... ¡Qué monserga de viejo!)

D. Mel. ¡A ver si ese de arriba ha terminado ya con el *Blanco y Negro* y *La Ilustración!*

BAUT. Voy. Me dejan solo; estoy yo para todo...

D. MEL Sí, sí.

BAUT. El uno á almorzar, el otro á ver á la novia. .

D. MEL. Ya, ya lo sé.

BAUT. Y el pobre Bautista.. (Retírase por la izquierda hablando entre dientes.)

D. MEL. (Hojeando una revista ilustrada.) *El Mundo en los dedos*... «Ventajas del frío sobre el calor»... «¿Conviene dormir siesta?»... «Receta contra el hipo»... «Los mosquitos ¿sudan?»... «¿Quién fué un rey que entró á caballo un martes á las tres y veinte en una ciudad española, fumando en pipa?»... «El adulterio en las pulgas»... «La nieta del lodo: continuación.» Hoy viene para relamerse de gusto. (Se dispone á saborearlo todo gota á gota.)

COLM. (Soltando la carcajada.) ¡Qué barbaridad! ¡Este Pozo es mefistofélico!

D. MEL. Pero ¿usted lee todavía *El Alambique?*

COLM. Sí, señor; y me divierto en grande. Molero, oiga usted. Oigan ustedes esto. (Lee.) «Se dice que la señora de Rufete»... Rufete es el Delegado de Hacienda.

D. MEL. El Delegado de Hacienda se llama Rufo.

COLM. Ya lo sé; pero Pozo le pone Rufete para embozar la pulla. (Volviendo á leer.) «Se dice que la señora de Rufete tiene cara de pocos amigos. ¿De pocos amigos? ¡Como que no tiene más que uno!» (Suelta otra vez la carcajada. Molero le secunda.)

D. MEL. (Indignado.) ¡Hombre! ¡hombre! ¡eso no debe tolerarse!

COLM. ¡El Delegado tolera lo otro!...

D. MEL ¡Y vaya una manera de embozar la alusión, amigo!... ¡Si la llega á dejar á cuerpo!... Yo no sé cómo en Guadalema se consiente...

COLM. ¡Es que donde más y donde menos hay ropa sucia!

D. MEL. ¡Alto allá! ¡que ese trasto de Pozo la ha tomado con mi notaría, y en mi notaría nos vestimos á diario de limpio!

COLM. Don Melchor, que yo no lo he dicho por tanto.

D. MEL. Item: en todos los números de su papel se

dedica á poner en solfa la oda que me premiaron en los Juegos florales; y ya quisiera él saber saludar un endecasílabo mío. Item: en el número del martes último, tuvo la avilantez de decirme con todas sus letras que *como pienso.*

MOL. ¿Que cómo piensa usted?

D. MEL. No, señor; ¡que *como pienso!* (Colmillo y Molero ríen á carcajadas.) ¡Ríanse, ríanse ustedes!... Cuando diga que el auxiliar de la cátedra de Geografía de nuestro Instituto acepta habanos, y aves de corral, y hasta dinero para aprobar á los alumnos...

COLM. ¡Oiga usted! ¡oiga usted! ¡es que eso no es verdad!

D. MEL. Ah, pero ¿usted cree que es verdad que yo *como pienso?*

COLM. ¡Tampoco!

MOL. Don Melchor, esas cosas le ocurren á usted por ser excesivamente puritano. Mire usted: á papá le ha llamado Pozo en *El Alambique,* ilustre moralista, gran patricio, glóbulo rojo de la sociedad de Guadalema... ¡eche usted flores!

D. MEL. ¡También le costó lo que usted no querrá decirnos!

MOL. ¿Dinero? ¡Ca! ¡Un poco de embuchado de Salamanca, y un chaqué de trencillas que á mí se me había quedado estrecho! (Colmillo se ríe.)

D. MEL. ¿Le parece á usted?... ¡Vamos, si dan ganas...! ¿Y han de estar las reputaciones...? (Viendo un rayo de luz y viniéndose á las buenas de pronto.) Escuche usted, Molero: ¿usted cree que con una docena de calcetines que yo no uso porque me están cortos, me dejaría en paz la oda?

MOL. Qué sé yo .. qué sé yo... La oda es muy larga...

D. MEL. Ah, no; pues los calcetines son cortos.

MOL Pruebe usted, á ver.

BAUT. (A don Melchor, dándole los periódicos que nombra.) *La Ilustración* y el *Blanco y Negro.*

D. MEL. Gracias, Bautista. (Alza una pierna y los coloca sobre los otros.)

BAUT. No las merece. ¿Ha terminado usted ya con el *Heraldo de Madrid?*

D. MEL ¿Quién lo pide?

BAUT. El señor Manteca.

D. MEL ¡El señor Manteca! ¿Para qué querrá el *Heraldo* el señor Manteca? Dígale usted que no trae nada de lo suyo.

BAUT. Como me lo ha pedido...

D. MEL ¡Qué pesados se ponen algunos! Creen que los periódicos vienen aquí para ellos nada más... (Alza otra vez la pierna, cuenta cuatro periódicos sin mirarlos, y saca el que hace cinco, que es el «Heraldo» precisamente.) Tome usted.

MOL. Bautista

BAUT. Señor.

MOL. Tráeme una cajetilla. De los míos, ¿eh?

BAUT. En seguida voy. Me dejan solo; estoy yo para todo...

MOL Ya, ya...

BAUT. El uno que la novia, el otro que el almuerzo... Y el pobre Bautista es el burro de carga... (Vase refunfuñando por la puerta de la izquierda.)

ESCENA III

DICHOS y BERRUGUETE

BER. (Asomándose desde el exterior á la balaustrada del foro.) Señores, muy buenas tardes.

D. MEL Buenas tardes.

BER. ¿Está Gonzalo Vega?

COLM. No, señor; ni falta.

BER ¿No está, eh?... Bueno, pues... En ese caso... ¿Pero no saben ustedes la novedad?

COLM. Ni ganas; no, señor.

BER. Ah, ¿ni ganas?... Pues por mí... (Desahogando su contrariedad.) ¡Ningún trabajo cuesta ser amable! ¡Digo yo!... Vaya, abur. (Vase hacia la derecha. Este Berruguete es un buenazo, con un corazón como una sandía y una cabeza como una aceituna. Viste modestísimamente, y es de los que se dejan la barba, que no tienen, por ahorrarse el dinero del afeitado.)

ESCENA IV

DICHOS menos BERRUGUETE; al final SOLANO, dentro

COLM. Me carga ese hortera.

MOL. No es hortera. Está empleado en el escritorio de los sobrinos de Carranza.

COLM. Tanto monta. Es un tío dulzón, lame lame, antipático... adulando siempre al tal Gonzalo Vega... También á ese le echa *El Alambique* una flor.

MOL Ese sí que me carga á mí.

COLM. Ese nos carga á todos.

(José Ramón, apenas oye lo de «El Alambique», se levanta haciéndose el distraído y va poco á poco acercándose á Colmillo y Molero hasta que coge «El Alambique» y lee lo que le interesa.—Sale Bautista por la izquierda y se va á la calle.—Oyese dentro el cascabeleo de un coche que pasa á distancia. Molero se asoma á la balaustrada y mira hacia la izquierda como para verlo.)

MOL. Hombre, el coche de la Fonda Nueva.

COLM. ¿Viene alguien?

MOL. Sí; un par de señoras.

COLM. Gente del teatro, será.

MOL No; si la compañía del Principal empezó anoche.

COLM. ¿Estuvo usted?

MOL. Un ratillo. No me gustó la obra. Como no había gente...

COLM. Ah, ¿no había gente? ¡Me alegro! Y es que el público está encanallado, envilecido; todo el mundo se va al asqueroso barracón zarzuelero.

MOL. ¿Y usted por qué no fué al Principal?

COLM. Porque me distraigo más en ese inmundo barracón. Allí paso la noche.

MOL. (A José Ramón.) ¿Qué hay, amigo?

J. RAM. Muchas cosas: cansancio, mal humor, pereza... muchas cosas.

COLM. Tiene usted mala cara.

J. RAM. Pues hoy es lo mejor que tengo. (Se aparta y pasea.)

COLM. (En voz baja, á Molero.) Me revienta este tío, con esa eterna *pose* de hombre desengañado del mundo.

MOL Debe de estar enfermo, ¿no cree usted?

(Don Melchor repara en José Ramón, que pasea; mira hacia el sitio donde antes estaba, ve el periódico que dejó, y en el acto se levanta, va por él, lo dobla y lo prensa con los demás.)

SOL. (Gritando dentro.) ¡Después de todo, á mí me tocas tú las narices, y me las toca éste, y me las toca el cabildo, y el ayuntamiento, y Guadalema entera! ¡Se acabó!

D. MEL. ¿Qué es eso?

J. RAM. El cojo, que se conoce que ha perdido.

MOL Pues habrá que oirle.

J. RAM. Cuando pierde es gracioso de veras.

COLM. Sí; pero se pone muy pesado.

ESCENA V

DICHOS y SOLANO; después DOMÍNGUEZ y GORDILLO

SOL (Sale por la puerta de la izquierda y se sienta en una de las butacas del primer término, ante un velador, enfrente de Molero y Colmillo. Es cojo de la pierna derecha y hombre de unos cincuenta años de edad, de frente ancha y noble, abundante cabello, barba revuelta, ojos cargados de carne y cara encendida. Anda con ayuda de una muleta que se coloca debajo del brazo. Viste con mucho desaliño, pero con limpieza.) Si no se metiera uno á discutir con mulos de noria... Buenas tardes, señores.

J. RAM. Parece que ha fermentado el mosto, amigo Solano ..

SOL. Hombre, estoy rabiando por oirte decir algo con sentido común. No se te ocurren más que sandeces. (Todos se ríen.)

J. RAM. Y qué, ¿se han dado ases?

SOL. ¡Se han dado jorobas!

J. RAM. Yo en cuanto vi subir al tío de las patillas negras dije para mí: Solano pierde hoy.

SOL. Calla, hombre; ¡si le voy á cortar el pescuezo! Os advierto que iba como los ángeles.

Dos golpes más, y desbanco. Pero ¡joroba! desde que entró ese licenciado de presidio, me vino la negra. ¡Un día lo mato! En serio. ¡Bautista!

COLM. Si se hubiera usted quedado aquí con nosotros...

SOL. ¿Para qué; para oirte despellejar á medio mundo, sin gracia ninguna, y ver á ese otro limpia que limpia pipas?...

MOL ¡Como que mis pipas no valen nada!... Quítese usted el polvo de los ojos y mire esta. (Se levanta y le da la que está limpiando.)

(Domínguez y Gordillo salen por la izquierda y se sientan á charlar ante uno de los veladores de la plaza. Domínguez es grueso y Gordillo flaco.)

SOL Pues no me llama la atención... ¡Bautista!

MOL Atisbe usted por ese cristalito verde.

SOL. Ah, vamos... (Mirando por el cristalito.) ¿Hola? Este es otro cantar. Donde hay mérito yo lo reconozco. ¡Qué poca vergüenza debe de tener esta ninfa!

(La boquilla va pasando de mano en mano.)

J. RAM. A ver... No es mala persona, caballeros.

COLM. ¿Me hace usted el favor?

MOL. Cuidado, no se caiga.

J. RAM. Esa debe usted llevarla mañana al Instituto para enseñársela á los niños.

COLM. Los niños saben más que yo.

SOL. No es difícil.

COLM. ¿Y para mí que estas pornografías no tienen gracia?

D. MEL. ¿Me permite usted?

MOL Sí, señor.

D. MEL ¡Hombre! ¡hombre! ¡hombre! ¡Qué posturita!... Se da cierto aire... (¡Que vas á venderte, Melchor!)

DOM. (Desde el fondo.) ¿Se puede ver, señores?

MOL. Con mucho gusto.

GOR. ¡Venga! ¡venga!

COLM. (Mientras Molero les enseña la boquilla á los otros.) Es imbécil este Molero

(Sale por la derecha Bautista, y le entrega á Molero el tabaco que trae para él.)

SOL. Bautista, ven acá.

BAUT. En seguida, señor Solano. Aquí tiene usted, señor Molero.

MOL. Quédate con la vuelta.

BAUT. Gracias, señor Molero. (*A Solano.*) Usted dirá, señor Solano. Me dejan solo; estoy yo para todo... ¿Una copita?

SOL. Vas á traerme de ese alto licor celestial que tomo yo los días que pierdo.

BAUT. Je, je... Se conoce que pierde usted todos los días... Je, je, je... (*Vase por la derecha.*)

COLM. Me molesta que los criados se tomen confianzas; pero tiene razón No sé cómo ni para qué bebe usted tanto.

J. RAM. Hace bien: ojalá pudiera yo imitarle. Beber es olvidar lo malo.

SOL Beber es recordar lo bueno. Pero yo, si bebo, no es por eso tampoco; es por amor á la humanidad. ¡Que conste!

COLM. ¡No entiendo esa fanfarronada!

SOL ¡Porque has nacido con una quesera sobre los hombros!

COLM. (*Un poco picado.*) Tampoco entiendo por qué me habla usted siempre de tú.

SOL ¡Toma! ¡Porque le hablo de tú á todo el mundo! (*Cogiendo una botella de cognac que le trae Bautista, el cual, después de servirle una copa, se detiene como embelesado oyéndolo hablar.*) Escucha: para que te expliques lo generoso de mi bebida: entre el racimo de uva cuajado ya, y la llegada de esta botella al Casino, hay el trabajo de miles y miles de hombres. En el campo, los vendimiadores que cortan el racimo de la vid; en el lagar, la gente que pisa la uva y todo el personal de bodegas: eso, por dentro. Por fuera, obreros de las fábricas de cristal, de papel, de alambre, de lacre y de corcho... En la etiqueta nada más tienes que trabajan dibujantes, litógrafos é impresores... Cada industria general arrastra consigo un ejército de industrias auxiliares, ¿comprendes? Para tirar esta etiqueta en la imprenta hacen falta cajetines de madera, letras de plomo, máquinas de acero, tintas de colores... Las tintas vienen de París ó de

Roma; las letras y las máquinas de Berlín ó de Londres... Barcos y trenes en movimiento que cruzan los mares y las tierras... fogoneros y maquinistas que trabajan. . marinos que viven... casas de comercio en trajín incesante... cartas que van y vienen... el telégrafo vibrando á todas horas... ¡Qué sé yo á la gente que le doy de comer con cada copita que me bebo!... (Se bebe una. Todos se ríen. Domínguez y Gordillo se levantan y se van hacia la derecha como para entrar en el Casino.)

J. RAM. ¿Y hoy se siente usted muy filántropo?

SOL. Como nunca. Bautista, despídete de la botella, que he perdido mucho.

BAUT. (Yéndose por la derecha, riendo.) Está bien, está bien...

COLM. ¿De manera que vamos á tener discurso á todo chorro?

SOL. Mientras hablo yo callas tú, y eso van ganando los señores.

DOM (Saliendo con Gordillo por la puerta de la derecha, y pasando hacia la de la izquierda, muy abstraidos ambos en su conversación.) No, no, no; por tres tablas no hay carambola. Fíjese usted, ¿eh? Pico alto; mucho efecto, ¿eh? cojo media bolita nada más, tomo el recodo, ¿eh? evito el retruque, ¿eh? ¿eh? y carambola segura y no me vendo, ¿eh? ¿eh? ¿eh? ¿eh? (Desaparecen por la indicada puerta, decididos á comprobar la verdad práctica de tan admirable teoría.)

D. MEL (Reparando en una margen del «Blanco y Negro».) (¡Oiga! ¿qué han puesto aquí? (Lee.) «Ya se sabe quién se lleva el *Blanco y Negro.*» (Hace un gesto de alarma y dice:) ¿Por dónde me habrán visto? ¡Por el agujero del llavín es imposible!...)

ESCENA VI

DICHOS y BERRUGUETE

BER. (Asomándose por el foro otra vez.) ¿No ha venido Gonzalo todavía?

COLM. ¡Y dale!

MOL. No; no ha venido.

BER. ¡Pero hombre!... ¿El tiene costumbre de pasar por aquí á estas horas; verdad?

J. RAM. Sí; generalmente viene y se queda un rato.

BER. ¡Caramba!... Bueno, pues... hasta luego.

SOL. Adiós.

COLM. ¡Y que lo encuentres, hijo mío! ¡Está sin sombra!

ESCENA VII

DICHOS, menos BERRUGUETE; luego POZO

(Pasa Bautista de derecha á izquierda con un juego de bolas para Domínguez y Gordillo. Poco después óyese de vez en cuando el chocar de las bolas con fuerza.—Bautista vuélvese á la portería.)

J. RAM. Puede que tenga algún chiquillo malo.

COLM. ¡Eso es; y aquí ya no se llama para curar á nadie más que al niño bonito, al joven de moda! ¡Y á don Alejo, que es una lumbrera de la medicina, así, una lumbrera, se le limpia el pesebre!

D. MEL ¿El pesebre y es una lumbrera, señor Colmillo?

POZO (Presentándose oportunamente para atizar el fuego comenzado.) Caballeros, desde la calle se oyen las voces: ¿de quién se saca leña?

COLM Hola, Pozo.

SOL Hola, Pocilga. ¿Qué tal va ese *Alambique*? ¿Cuándo te ahorcan?

POZO ¿A mí? Eso quisieran muchos. Don Melchor, no me mire usted con esos ojos: ya sabe usted que se le aprecia, aunque otra cosa escriba en *El Alambique*. ¡El pícaro garbanzo obliga!

D MEL (Con risa de conejo.) ¡Je! (Fijándose en los bajos de Pozo.) (Tiene más pie que yo.)

(Caracterizan al tal Pozo unos lentes rotos que con frecuencia se asegura, bigotillo de pelusa de pichón, pintas rojas en las narices y dos ó tres calvitas en la cabeza. Se ríe y no se le ve nada blanco. En el cogote, entran-

do, á la derecha, lleva un parche negro. Viste con cada prenda de un terno distinto.)

POZO (Frotándose las manos con satisfacción y sentándose en una mecedora al lado de Colmillo y Molero.) Con que á ver, á ver: ¿qué cristiano estaba en el circo?

SOL ¡Y que no ha entrado mala fiera!

COLM. ¿Cuál había de ser, hombre? ¡El de siempre! ¡El fenómeno de Guadalema!

POZO ¡Espantárame yo! Pero, señores, antes se hablaba aquí de toros, de mujeres, de juego, de líos, de política... ¡Ahora no se habla más que del pollo ese!

COLM. ¡Tiene usted más razón que el Papa!

MOL. Siguen las firmas.

J. RAM. (Con oculto deseo de que se enrede la discusión sobre Gonzalo.) Pues, hombre, usted ha empezado, Colmillo. Se conoce que le preocupa á usted más que á nadie.

COLM. ¿A mí? ¡Me hace usted gracia! ¿Soy yo matasanos por ventura?

SOL Eso no. ¿Qué tiene que ver que no lo seas? Aquí está Pozo, que á esa tiple del barracón le envidia el sueldo y las cenas que le da el empresario. ¡Y me parece que Pozo no es tiple! Para vosotros la cuestión es envidiar algo.

COLM Díjolo Blas.

SOL Lo digo yo, que soy pariente suyo. (Sigue bebiendo y caldeándose el cuerpo y el espíritu.)

MOL Pues yo no me meto en averiguar si el tal Gonzalo Vega tiene ó no tiene pesquis: papá dice que sí. Lo que sostengo es que es un cursi. No hay más que ver cómo se pone las corbatas.

POZO ¡Está soplado!

COLM. ¡Es un globo de vanidad!

D. MEL ¡Duro, duro!

POZO Luego, va á la peluquería, y él sus tijeras, él sus peines... ¡Señor, que no tenemos tiña!

MOL ¡Es una damisela!

COLM. ¡Es un Don Nadie! (Encarándose con él, como si estuviera presente.) ¡Pero venga usted acá: si yo no he perdido la memoria! ¡si todavía

existen en mi casa unas tenazas de cocina que su padre de usted me ha compuesto á mí por cuatro perras!

POZO ¡Ni más ni menos! (Saca una cajita de píldoras y se traga una, bebiendo agua después.)

SOL ¡Joroba! ¿Váis á hacer astillas también de lo que más honra al muchacho? ¿No piensas tú lo mismo, José Ramón?

J. RAM. Claro que sí. Estoy callado por prudencia.

SOL. ¡Pretendiendo afear su origen ponderáis más su mérito! ¡Le véis subir, y queréis derribarlo echándole encima todo el hierro que moldeó su padre! ¡Joroba! ¡qué buen alma tenéis!

COLM. ¡Poco á poco, que aquí no nos ofusca usted con su palabrería! ¿Qué ha hecho ese mozo de particular? ¡Porque parece que se trata de un *superhombre*, según usted se expresa!

POZO O de un hombre *super*, como digo yo en *El Alambique* con mucha gracia.

J. RAM. (Terciando en la disputa con fingida imparcialidad para concluir por echar leña al fuego.) Vaya, vaya, se apasionan ustedes... Yo soy más imparcial... la amistad que me une á Gonzalo no me ciega ..Reconozcamos que no será un ser del otro mundo, pero que vale... vale... ¿O es que vamos todos á pensar como esos que dicen que sus consultas en Madrid son cosa fantástica... viajes de ida y vuelta que él hace para alucinarnos?

COLM. (Rabioso.) ¡Y lo son!

POZO ¡Lo que es á casa del Duque de Peñafiel, no ha ido! ¡Me consta!

SOL. Y este se cartea con la Duquesa; conque no hables más.

J. RAM. ¿Vamos á dar crédito también á quienes afirman que sus artículos y sus folletos los copia de revistas inglesas?

COLM. ¡Y los copia!

SOL. Con la agravante de que tú no sabes inglés.

POZO ¡Pero si ya no hay nada de eso! ¡Lo que hay es un tío suyo, por parte de madre, que le escribe todo lo que publica!

COLM. ¡Lo mismo me da!

SOL. ¿Y quién le cura los chicos, joroba? ¿Algún tío por parte de padre?

POZO ¡Los chicos que no se le mueren, que son los menos, se curan solos! ¿Dónde se ha visto que las naturalezas vírgenes necesiten de meringotes?

COLM. ¡Es poco chistosa la pretensión de declararse médico de la infancia!

SOL. ¡Joroba!

COLM. ¡Claro está! ¡Porque un día le sacó una espina del gañote al hijo más bruto del animal del cacique ¡cataplúm! médico de niños! ¡Si me saca la espina á mí ¡zas! médico de catedráticos! ¡Vaya usted á hacer gárgaras, hombre!

SOL. Si te hubiera sacado la espina á tí no sería médico precisamente.

COLM. ¿Cómo?

SOL. ¡Joroba, qué trabajo os cuesta reconocer el mérito ajeno, sobre todo si es planta que arraiga y crece á vuestro alrededor! Ya sé yo, ya sé yo que no es plato de gusto ir por la carretera pasito á paso con las alforjas á la espalda, y ver que al lado nuestro pasa el ferrocarril como una centella, tragándose kilómetros... Escuece, molesta, hace malas tripas, lo sé. Pero por mucho que escueza y que moleste, ¿hemos de comenzar á tirarle piedras como cafres?...

(Pozo mete mano á una cajita de pastillas, se echa una á la boca y chupa y rechupa mientras habla.)

J. RAM. Lo encuentro á usted hoy más orador que nunca.

POZO Es que el cognac inspira mucho.

SOL. No lo dudes. A mí también me envidias eso: que puedo beber y tú no. Como estás podrido, tienes que contentarte con tomar á pasto menjurjes y potingues. ¡Y pensar que la salud es lo mejor que tienes!... ¡Mira, mira si me inspira el cognac!

(Lo aplauden todos entre bromas y veras.)

J. RAM. ¡Bravo!

D. MEL. ¡Admirable!

MOL. ¡Magnífico!

POZO ¡Aplauso de uñas!

COLM. ¡Otros con menos motivo están en jaula! (Cae en medio de la escena una bola de billar, que se supone que ha saltado de la mesa en que juegan Domínguez y Gordillo.)

ESCENA VIII

DICHOS y DOMÍNGUEZ

POZO ¡Hombre! ¡hombre!

COLM. ¡Canario!

SOL. ¿Estamos seguros?

DOM. (Saliendo en mangas de camisa por la bola.) ¡Ha sido! ¡ha sido!—Ustedes dispensen, caballeros. ¡Ha sido! ¡ha sido! (Vase «piropeado» por la reunión.)

POZO ¡Para otra vez más temple!

ESCENA IX

DICHOS, menos DOMÍNGUEZ; GONZALO, luego BERRUGUETE

GONZ. (Por la puerta de la derecha.) Señores, buenas tardes

D. MEL. Buenas tardes.

J. RAM. Hola.

MOL. Felices.

(Pozo y Colmillo gruñen á manera de saludo.)

SOL. Celebro que vengas, porque nos entreteníamos en hablar mal de tí.

GONZ. Eso es bueno. Que dure mucho. ¿Pero ya está usted entregado al cognac?

SOL. ¿Tú crees que á esta gente se la puede soportar con agua sola?

GONZ. ¿Tienes que hacer, José Ramón?

J. RAM. Nada.

GONZ. ¿Quieres que charlemos un rato por ahí?

J. RAM. Vamos á donde digas. ¿Hay algo de particular?

GONZ. Un asunto de que quiero enterarte.

BER. (*Asomándose otra vez por la balaustrada, loco de júbilo al ver á su amigo.*) ¡Gonzalo! ¡Gonzalo!

GONZ. ¡Adiós, Evaristo!

BER. No, no; si voy á entrar. (*Sin saber lo que hace intenta saltar por la balaustrada para llegar más pronto.*) Espera; espera. (*Desaparece, y á poco sale por la puerta de la derecha.*)

J. RAM. ¿Qué le ocurre á ese chico?

GONZ. ¡Qué sé yo!

COLM. ¡Es la tercera vez que le da el mismo ataque!

(*Pozo saca una cajita de farmacia con papelillos, echa el contenido de uno de ellos en un vaso de agua y lo deja sobre una mesita esperando que se disuelva.*)

BER. (*Abalanzándose á Gonzalo y abrazándolo con efusión.*) ¡Ven acá! ¡Ven acá, grande hombre! digan lo que quieran... ¡Ven acá! ¡Sublime, sublime, sublime!

GONZ. Suéltame... no seas niño.

BER. Lo sé todo: me lo ha dicho tu madre. ¡Es tu coronamiento, Gonzalo! ¡Tu coronamiento!

GONZ. Vamos, déjame.

POZO ¿Le ha tocado á usted la lotería?

COLM ¿Pues no está llorando ese tonto?

BER. Me afecto, me afecto...

SOL. ¡A ver, á ver; que se aclare la incógnita; que se explique!...

D. MEL. ¡Que se rompa el misterio, Gonzalo!

GONZ. Ni misterio ni incógnita, señores. (*A José Ramón.*) Es lo que yo iba á referirte, ¿sabes?

SOL. ¡Pues yo también me quiero enterar!

D. MEL. ¡Y yo! ¿Qué es ello?

GONZ. Se lo diré á ustedes. Después de todo, mañana ha de hacerse público en *El Defensor*...

J. RAM. Por lo visto es cosa muy buena para tí.

GON. (*Sentándose.*) Se trata de la realización de un proyecto mío, de que ya he hablado en otras ocasiones y en varias partes.

SOL. ¿La fundación del Asilo, quizás?

GONZ. Cabalmente. (*Unos sentados y otros de pie, le oyen todos con interés muy vivo, que en cada cual reconoce una causa distinta. Berruguete sigue con los suyos el movimiento de los labios de Gonzalo. Este habla con entusiasmo grande, pero con mucha sencillez y modes-*

tia.) Es un dolor lo que está pasando en Guadalema; y puesto que lo veo y sé que no es imposible remediarlo, mi deber es señalar el mal y ayudar con todas mis fuerzas, si no á cortarlo de raíz, á aliviarlo un poco. Bien miradas las cosas, de ninguna manera mejor puedo yo pagarle á Guadalema lo que ya le debo.

COLM. (A Pozo, en voz baja.) Exordio.

GONZ. Ustedes saben que en Guadalema, el pueblo vive del trabajo fuera de casa. Hombres y mujeres se van al ser de día á las fábricas de los arrabales y no vuelven á la ciudad hasta anochecido. Las pobres obreras tienen que dejar á sus hijos, ó solos en sus casas, que por desdicha no son palacios, ó en medio del arroyo, que no suele ser escuela de buenas costumbres. Llevarlos consigo es mucho peor todavía: el aire impuro de los talleres, la atmósfera malsana que se respira en casi todos ellos, aniquila y mata á infinidad de hombres, cuanto y más á los niños. Pues ahí está la razón del Asilo que quiero fundar en Guadalema, á imitación de tantos otros como hay, más que en España, fuera de ella. Esto es: un refugio donde puedan las madres dejar á sus hijos al marchar al trabajo y recogerlos al volver.

BER. (Secándose los ojos.) Me afecto, me afecto...

J. RAM. Como el que fundó la reina Victoria en Madrid, para las lavanderas.

GONZ. Justo. Y á semejanza de muchos que existen en el extranjero, donde los Gobiernos y las gentes se preocupan de la protección de la infancia pobre bastante más que aquí. Dígalo si no la ley Roussel de los franceses, documento admirable y hermoso que debiéramos imitar los españoles, si aquí se imitara de Francia algo más que los figurines y los vicios. Y cuenta que no soy sospechoso hablando mal de mi país.

COLM. (A Pozo, bajo.) Pedante.

GONZ. Ese que he indicado es el objeto fundamental del Asilo; pero además ha de tener otro

que no le cede en importancia. Como queda en Guadalema tanto chiquillo huérfano, ó con padres inútiles, que es igual, en el Asilo encontrarán abrigo y amparo, y allí se les criará y educará, enseñándoles un oficio ó un arte, hasta que puedan por sí solos ganarse la vida ó atender á la de los suyos. Claro es que este Asilo, una vez fundado, lo costearán por de pronto las familias ricas de Guadalema; pero después, en los mismos trabajos que en él se hagan para aprendizaje de la gente menuda, podrá buscarse la base de su sostenimiento. ¿Qué les parece á ustedes?

MOL. (Cogiéndole á Gonzalo la boquilla en que fuma, y que le ha traído preocupadísimo desde que la vió.) ¿Es de espuma de mar?

GONZ. ¿Cómo?... ¡Qué sé yo, hombre!—¿Qué dices tú del proyecto, José Ramón?

J. RAM Que es una hermosa idea.

GONZ. ¿Y usted, Solano? ¿Y ustedes, señores?

SOL. ¿Qué hemos de decir? No hay más respuesta que darte un abrazo muy fuerte. ¡Ven acá, que soy cojo!

D. MEL. Es usted todo un hombre.

COLM. Pero, bueno; y á mí se me ocurre preguntar, amigo Vega...

POZO Con seguridad lo mismo que á mí.

COLM. ¿Quién levanta ese Asilo? Porque no se trata de ningún castillito de naipes...

POZO Ahí va, ahí va... Las teorías son todas sublimes; pero yo repito lo que Colmillo: ¿quién levanta eso?

GONZ. Guadalema entera: á lo menos tal es mi aspiración. A mí me gustaría que fuese obra del esfuerzo de todos; del sentimiento colectivo de la caridad: que no quedara un vecino en Guadalema, por pobre que fuese, que no tuviera en el Asilo su puñado de tierra.

BER ¡Muy bien dicho! Como que este se iba á callar.

GONZ. Excuso advertir que para estimular ese sentimiento se organizarán fiestas de todas clases: funciones de teatro, carreras de cintas, corridas de toros...

MOL. Ese detalle me parece muy bien.

GONZ. Rifas benéficas, un Album de dibujos, otro de poesías...

D. MEL. ¡Mucho! ¡mucho! Yo tengo un soneto á la Caridad, que ofrezco desde ahora.

GONZ. En fin, mañana verán ustedes el plan completo que publico en *El Defensor*. Segarra me ha ofrecido su periódico lleno de entusiasmo. A todos pido ayuda; de todos la espero. Yo no quiero ser más que uno de tantos.

COLM. (¡Lo que eres!)

POZO (Con las de Caín.) Esa modestia le honra á usted.

GONZ. Gracias. Mi afán no es otro que echar alguna luz sobre la vida de los niños pobres; no sólo por un impulso de mi corazón, sino por un deber de patriotismo. Cuidar de los niños es fortalecer la esperanza de nuestro pueblo.

J. RAM. Es cierto, Gonzalo: aquí me tienes para todo. Quiero yo ser quien tome la mayor parte en tu victoria. (Se abrazan y continúan hablando bajo.)

BER. Me afecto, me afecto.. (Se afecta y se echa al cuerpo, creyendo que es agua pura, la mitad de la medicina de Pozo.)

SOL. (Levantando una copa.) ¡Señores, vaya por el Asilo! ¡A ver si entre todos los guadalenses cuajamos una generación libre de Colmillos y Pozos! (Risas generales, sin exclusión de los interesados.)

BER. (Paladeando, con cara de susto.) ¿Qué demonches tiene este agua?

POZO Pero ¿se la ha bebido usted? ¡Si es una medicina mía!

BER ¡Habérmelo advertido, hombre! (Nuevas risas. Continúa paladeando lleno de aprensión.—Oyese en el billar un tacazo muy fuerte, y por la misma puerta que antes salen dos bolas: una que rueda veloz hacia la puerta de la derecha, como si fuera perseguida, y se supone que llega hasta la calle, y otra que cae enmedio de la escena. Domínguez corre detrás de la primera con la emoción de una buena jugada, y Gordillo coge la segunda entre la algazara general.)

ESCENA X

DICHOS, DOMÍNGUEZ y GORDILLO

SOL. ¡Joroba! ¿otra vez?

COLM. ¡Esos van á matar á uno!

DOM. ¡Ha sido! ¡ha sido!... ¡Es imposible tirar fuerte! ¡Yo no he visto bandas peores! (Desaparece detrás de la bola y se le ve salir á la plaza por ella.)

GOR. Dispensar, caballeros.

POZO ¡No ganamos para sustos, compadre!

COLM. ¿Por qué no se llevan ustedes la mesa enmedio de la plaza?

GOR. Dispensar... Ese Domínguez es tan bruto... Dispensar... (Vase.)

DOM. (Volviendo con la bola y entrándose en el billar á seguir sus triunfos.) ¡Oiga usted! ¡que sigo yo tirando! ¡que ha sido!...

ESCENA XI

DICHOS menos DOMÍNGUEZ y GORDILLO; GRACIA LATORRE y JULIA, que pasan por la plaza

MOL (Mirando hacia la derecha del fondo y acercándose á la balaustrada.) ¡Caballeros, allí sí que viene una moza... á la que yo le levantaba un Asilo!

D MEL. ¿Quién es?

COLM. ¿Quién es?

(Todos miran hacia el mismo sitio y algunos se acercan también á la balaustrada.)

MOL. Gracia Latorre.

(Gonzalo se estremece.)

BER Como que es lo más selecto que hay en Guadalema.

D MEL. (Viéndola venir.) ¡Qué desenvuelta es y qué graciosa!

COLM. Claro: con quince millones, todo es gracia y desenvoltura. Pero eso se llama de otra manera en castellano.

GONZ. (A José Ramón.) Vámonos, tú.

J. RAM. ¿Qué te ocurre? (Siguen hablando bajo: Gonzalo cada vez más nervioso.)

POZO Lo que es yo, á la tal Gracia Latorre la tengo aquí. (Señalándose la nuez.)

SOL. ¡Pues ya está aviada!

(Gracia Latorre, acompañada de su doncella Julia, pasa de derecha á izquierda por la plaza. Al saludo olímpico de Molero, que todos secundan, cada cual á su estilo, contesta ella saludando con la mano familiarmente.)

ESCENA XII

DICHOS, menos GRACIA LATORRE y JULIA

MOL. No me digan ustedes que no: ¡es una mujer de un pedazo!

BER. ¡Un cromo inglés!

D MEL. ¡Lástima que tenga esas genialidades!

SOL. Ello es que en Guadalema es la que preocupa.

POZO ¡Y sin ínfulas que me gasta la niña!

COLM. ¡Le da calabazas al obispo!

SOL. ¿Por qué no te diriges tú á ella, á ver?

COLM. ¡Apañado va el que la tome en serio y se ayunte!

(Pozo tararea el toque de clarín de la Plaza de Toros.)

BER. ¡Hombre! ¡hombre! No sea usted atroz. Repare usted que es una dama.

COLM. ¡Vuelta la burra al trigo! ¡Y dale con la dama! ¡y torna á la dama! ¡y joroba, como dice ese, con la dama! ¡Es una dama porque tiene quince millones; pero no hace nada por parecerlo! ¡A mí me indignan ciertas hipocresías imbéciles! ¡Ni esa niña se trata con la moral, ni es más que una histérica ridícula que acabará por escaparse con un cualquiera!

GONZ. (Estallando al fin, alteradísimo.) ¿No conoce usted otro lenguaje para hablar de una señorita?

COLM. (Sorprendido y turbado.) No, señor.

GONZ. Pues de hoy más, mientras no lo aprenda, cuando pase esa que ha pasado se calla usted en presencia mía.

COLM. ¿Eh?

GONZ. Si la quiere usted ofender sin que yo lo sepa, le basta solo con mirarla. (A José Ramón.) Vente. (José Ramón lo sigue.)

COLM. (Con la píldora atragantada.) Pero, oiga, oiga: ¿es usted su novio, su padre, su hermano, su abuelo...?

GONZ. Soy un caballero, y eso basta. Busque usted la palabra en el Diccionario. Vámonos, tú.

COLM. ¡Eh! ¡eh! ¡Poco á poco!

GONZ. Lo dicho. Anda, José Ramón.

J. RAM. Señores, buenas tardes. (A Gonzalo, marchándose con él.) Chico, pero yo no sabía...

ESCENA XIII

DICHOS, menos GONZALO y JOSÉ RAMÓN; después DOMÍNGUEZ, GORDILLO y BAUTISTA

COLM. (Desahogando su cólera) ¡Vaya! ¡Ahora resulta ese de los de rocín antiguo, adarga flaca y galgo en el corredor! ¡Le habrá puesto los puntos á los millones de la prójima...!

MOL. ¡Pues lo que es esa jugada no le sale!

POZO ¡Ni la majadería del Asilo tampoco! ¡Asilitos á mí!... ¡Sí!... ¡Esfuerzos colectivos!... ¡Sí!... ¡Suscrición popular!... ¡Sí!... Ya voy. ¡Yo te lo contaré en *El Alambique!* ¡Todavía nos acordamos acá de las últimas inundaciones, señor redentor!... ¡Echó gabán de pieles la comisión en masa!

COLM. ¡Pues está claro! ¡Si en el fondo de tanta lágrima sensible y de tanto discurso necio no hay más que un chanchullo indecente!

BER ¡Eh, eh, eh! ¡Por esa no paso!

SOL. ¡Ni yo tampoco, rejoroba! ¡Os he dejado hablar hasta aquí, porque esperaba ese desahogo! ¡Pero ya basta, joroba, ya basta! ¡Me voy, me voy por no romperos el alma con la muleta! (A los gritos que da, hablando más fuerte y más descompuesto á cada paso, acuden y se paran á oirlo Domínguez y Gordillo por la izquierda, con sendos tacos, y Bautista por la derecha.) ¡Es natural que así penséis! (Encarándose con Colmillo.) ¡Tú, como has conseguido tu puesto porque tienes una tía muy guapa que se tiñe el pelo de rubio...!

COLM. ¡Oiga usted!

SOL. ¡Sí, hombre, sí; si lo sabemos todos: si yo mismo voy á publicar un folleto sobre la influencia de las tías en la enseñanza!... ¡Está muy bien que así discurras: en cualquier acto humano ves siempre un negocio, un enjuague, alguna miseria! (A Pozo.) ¡Tú, como piensas con trabuco y escribes con ganzúa... (Pozo se ríe.) no puedes ver más que la lucha ruín y grosera por un cacho de pan y otro de chorizo!... ¡La culpa la tiene ¡joroba! quien os habla á vosotros de caridad, de abnegación, de desinterés, de amor á los niños, de cualquier causa grande y generosa!... ¡Vosotros, detrás de cada sueño, no veis más que un cochino duro en calderilla! ¡Pues mira tú ¡joroba! que si todos los hombres ¡joroba! fuesen de vuestra altura ¡joroba! entonces sí que estábamos todos jorobados! ¡Y me voy, me voy ya, joroba! ¡No quiero malgastar mi saliva, que vale más que todos vosotros!... (Encaminándose á trancos hacia la puerta de la derecha, por donde se va gritando lo que sigue. Luego se le ve pasar hacia la izquierda por la plaza, gesticulando como un insensato.) ¡Con esta gente pierde uno la calma, y la educación, y la paciencia, y la salud, y el decoro, y la dignidad, y el estómago, y el dinero, y hasta la idea de la especie humana!... ¡Joroba! ¡joroba! ¡joroba!... (Mientras desaparece diciendo esto último, con las palmas y las cucharillas los unos y con los tacos los del billar, le hacen una ovación entre risas y gritos.)

BER. ¡Muy bien! ¡muy bien! ¡Yo estoy con usted, señor Solano!

COLM. ¡Bravo! ¡bravo! ¡Al Congreso con ese hombre!

POZO ¡A la casa de fieras!

MOL. ¡Hoy la ha pillado mayor que nunca!

D MEL ¡Es mucho Solano!

DOMÍNG. ¡Bravo! ¡bravísimo!

GORD. ¡Muy bien! ¡muy bien!

COLM ¡Bravo! ¡bravo! ¡bravo!

(Bautista, que no toma parte en la algazara, recoge el servicio de cognac y contempla filosóficamente el bajón que ha dado la botella)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salón de planta baja en el caserón de los Latorre, en Guadalema. Puertas grandes á derecha é izquierda. Galería de cristales al foro, que comunica con el jardín. Muebles de mimbre.

Es por la mañana y en el mes de Setiembre.

ESCENA PRIMERA

MANOLITA, DON FAUSTINO, SALVADORA y JUAN

(Manolita y don Faustino sentados en el primer término de la izquierda, y Salvadora y Juan en el último de la derecha.—Manolita es una señora muy guapa, casada y con prole, pero que se conserva como una rosa. Aunque tiene muy buenos ojos, ve poco y los entorna con cierta gracia al mirar. En extremo expresiva y nerviosa, su cara es una sucesión de gestos, y con las manos va pintando á lo vivo todo cuanto dice. Persuadida de que lo hace muy bien, tiene la monomanía de imitar á las personas de quienes habla. Viste con elegancia que alarma á su marido.

Don Faustino es un señor de presencia noble y simpática: barba y cabellos blancos y abundantes, primorosamente cuidados; cejas pobladas; mirada entre grave y socarrona; manos muy finas. Su hablar es reposado y zumbón. No sale de su casa y viste prendas amplias y cómodas, de telas ricas y elegantes. No fuma.

Salvadora y Juan son dos servidores antiguos de la casa, jubilados ya. Están de visita y visten el traje propio de la gente del pueblo en casos tales.)

MAN. Don Faustino, yo me voy á marchar. Estoy volada.

D. FAUS. Señora, no sea usted cruel: ¿va usted á privarme tan pronto de la contemplación de sus hechizos?

MAN. En el pecado llevo la penitencia: me privo yo de la contemplación de los de usted...

D. FAUS. No esperaba esa flor. Me ha sacado usted los colores...

MAN. Bueno, pues le dice usted á Gracia que yo volveré luego. Tengo muchísimo que hacer. Ella estará con sus pobres, ¿verdad? Sí, porque es sábado... ¡Ay!... El Asilo y las fiestas del Asilo me van á sacar el sol de la cabeza.

D. FAUS. Y á mi hija también, por las trazas.

MAN. Y á todo el que tenga sangre en las venas. Usted, como es un comodón redomado y ni á tres tirones sale de su concha...

D. FAUS. Ni á tres tirones: como que en mi concha no veo más que aquello que me agrada—por ejemplo, usted—y en la calle puedo ver mucho que me moleste.

MAN. Ya, ya.

D FAUS.

Un ángulo me basta entre mis lares,
un libro y una amiga...

MAN. Un amigo, me parece que dice el verso.

D. FAUS. Sí, pero yo prefiero una amiga; y que perdone el clásico. Además, y no es esto pesimismo imprudente, creo que en esa cuestión del Asilo van ustedes todos á salir con las manos en la cabeza.

MAN. No se lo diga usted á nadie: yo voy pensando igual que usted. Y me voy cansando de tanto ir y venir pidiendo limosnas y favores, y de tantas malas caras como veo, y de tantas groserías como escucho. ¡Jesús!

D. FAUS. Es muy triste; pero ya verá usted el desenlace.

MAN. El propio Gonzalo, cuya epidermis es muy fina, está ya amargadísimo, y lleno de asco, y tentado de echarlo todo á rodar.

D. FAUS. A propósito: una pregunta que quiero hacerle á usted hace tiempo.

MAN. De prisita, de prisita...

D. FAUS ¿Usted cree que el entusiasmo de mi hija Gracia por la fundación de ese Asilo es pura y exclusivamente fruto natural de sus sentimientos generosos?

MAN. Pues ¿qué otra cosa puede ser?

D. FAUS. ¡Manolita, por Dios! Es la primera vez en su vida que ha estado usted torpe.

MAN. Es que estoy hablando con un hombre muy listo.

D. FAUS. También es verdad. Vamos á ver si me comprende usted ahora. Suponiendo que el iniciador de ese proyecto, en vez de ser Gonzalo Vega fuese... ¿quién le diré yo á usted?... fuese Berruguete, ¿usted cree que mi hija...?

MAN. Ni una palabra más: es cierto. Me había marchado á las Batuecas. ¿Y le pesa á usted tanto entusiasmo, don Faustino?

D. FAUS. ¿A mí? Le aseguro a usted que no puedo verlo con más simpatía.

MAN. Ni yo. Estamos de acuerdo.

D. FAUS. Usted y yo, siempre.

MAN. Siempre: es verdad.

D. FAUS Sólo hay una cosa en que diferimos bastante.

MAN. ¿Cuál es, que no caigo?

D. FAUS Que usted adora á su marido y yo lo odio á muerte.

MAN. ¡Jesús! ¡Pobre Sarmiento! En fin, me voy. No lo digo más. (Poniéndose de pie y dejando sobre cualquier mueble un envoltorio que tiene en la mano.) Ahí queda esa cinta de la de Luque. La dejo aquí para que no la curioseen *Doña Deficencia* y su hija.

D. FAUS. ¿Va usted ahora allá?

MAN. Los malos tragos pasarlos pronto. ¡Ay! Le temo á esa señora más que á un retrato al óleo, que salga bien ó salga mal hay que colocarlo en la sala. La estoy viendo: me recibirá calándose los impertinentes... Ahora usa impertinentes. «¿Usted en mi casa?... ¡Tanto bueno! Siéntese usted en el *pun*, que estará más cómoda...» Porque dice el *pun*. Y en seguida saldrá la niña, con aquella cara

de ciruela mondada y aquella voz de gárgaras de malvavisco: «Hola, Manolita, ¿cómo está usted?...»

JUAN (Soltando la risa desentonadamente, sin poder reprimirse.) ¡Ja, ja, ja!

SALV. Calla, hombre.

D. FAUS. Aquellos se ríen.

MAN. La galería siempre está de mi parte.

D. FAUS. Y las butacas y los palcos, señora. ¡Mal fin tenga Sarmiento!

MAN. Vamos, hombre, deje usted á Sarmiento. Y no me acompañe usted, que sé el camino y no me llevo nada.

D. FAUS. Señora, ¡por los clavos de Cristo! ¡Si lo que siento yo es que no suenen aquí para despedirla á usted á gusto mío,

las cajas y las trompetas,
los pájaros y las fuentes!...

(Se van riéndose por la puerta de la derecha. A su paso, Salvadora y Juan se levantan, y vuelven á sentarse cuando se quedan solos.)

ESCENA II

SALVADORA y JUAN; luego DON FAUSTINO

JUAN (Soltando la risa, como antes.) ¡Ja, ja, ja!

SALV. ¡Pero Juan!

JUAN ¡Na me digas, mujer! Es lo grande, que mientras más en vesita se está, más risa dan las cosas. ¡Ja, ja, ja! (Ríe largo rato.)

SALV. ¡Calla; no seas pollino!

JUAN ¡Mia que remeda bien á to el mundo la señorita! Y á mí el que me hace gracia es el señor: tan respetoso y tan fino él, y se divierte con su sombra. Cuanto más viejo, más burlón.

SALV. Calla, hombre.

JUAN Mujer, paeces boba: ¿qué vamos á hacer aquí los dos callaos?

D. FAUS. (Volviendo por donde se marchó. Salvadora y Juan se levantan al verlo.) Quietecitos, quietecitos... Soy

yo solo. (Viendo que no se sientan.) Vamos, no estéis de pie.

JUAN — Con permiso del señor. (Se sientan de nuevo. Pausa. Don Faustino pasea.)

D. FAUS. — ¿Y no sabéis para qué os ha llamado mi hija?

JUAN — (Levantándose otra vez, como Salvadora.) Na nos ha dicho; pero es la que yo pienso: por fuerza tiene que ser pa alguna cosa.

D. FAUS. — Pues has puesto el dedo en la llaga. Pero no os levantéis. (Torna á sentarse el matrimonio.) ¿Habéis entrado por el jardín?

SALV. — Con permiso del señor; sí, señor.

JUAN — La señorita nos mandó pasar. (No puede continuar hablando sentado y se levanta. Salvadora le imita, como siempre.) Ella estaba allí con sus pobres; como tos los sábados... ¡Me acordé más de la señora!

SALV. — ¡Pobrecita! ¡Lo mismo los trataba!

JUAN — Es toa ella, toa ella... Me dió gusto mirarla ahora, á la entrá del jardín... Conforme le daba el sol, ella tan guapa y tan lucía en medio e tanto pobre, paecía un cuadro.

SALV. — Como la señora: igual que la señora, que en gloria esté. Si este me dijo, dice...

JUAN — Le dije, digo: se me ha figurao que ahora es antes, y que voy yo pa la cochera á enganchar el tiro de mulas... ¿Se acuerda el señorito de la *Pinturera* y la *Mañosa*?

D. FAUS. — ¡Ya lo creo!

JUAN — Pues ha caído agua desde entonces.

D. FAUS. — Y nieve. Mira como estamos tú y yo.

SALV. — (Bajo á su marido.) Cállate, Juan, que se ha afetao. (Se callan y tornan á sentarse. Don Faustino pasea. Pausa.)

D. FAUS. — (Viendo venir á Gracia por el jardín.) Ahí teneis ya á mi hija. (Salvadora y Juan se levantan.)

ESCENA III

DICHOS y GRACIA

(Llega del jardín, por el foro. Es de belleza fresca y juvenil. Su atractivo mayor es la lozanía. Su cara es una rosa de te, que mantiene y lleva dignamente su cuerpo, flexible y lleno de salud. De mirada inquieta, dulce casi siempre, á ratos imperiosa, brilla en ella la espontaneidad de los sentimientos. Sus ademanes son muy desenvueltos y graciosos, pero muy femeninos Viste un traje ligero de mañana, y trae un bolso en el que suenan algunas monedas, y una sombrilla roja que cierra al llegar.)

GRACIA Hola. ¿Qué es eso? ¿se ha ido Manolita?

D FAUS. Sí. (Gracia muestra contrariedad golpeando el suelo con el piececito.) Pero no te alteres; me ha dicho que volverá muy pronto. Ahí ha dejado eso.

GRACIA Alguna cinta para las carreras.

D FAUS. Justo.

GRACIA (Abriendo el envoltorio y viendo la cinta.) Pues es muy mona. Mira, papá, mira qué primor: de Mariquita Luque.

D. FAUS. ¡Qué bien pinta el profesor de esta muchacha!...

GRACIA De todo has de reirte. (Mientras envuelve la cinta de nuevo, dirigiéndose á los criados con familiaridad.) ¿Qué hay, abuelos, qué hay? ¿Por qué estais de pie?

D. FAUS. Porque no pueden hablar sentados. Ya lo verás.

JUAN ¡El señor!...

GRACIA Tú les causas mucho respeto. Vaya, acercaos á mí, que tenemos que tratar de cosa muy grave. Sentados, por supuesto (Juan y Salvadora obedecen.).

JUAN Con su permiso, señorita...

(Forman los tres un grupo á la izquierda. D. Faustino los mira desde la derecha.)

GRACIA (A Juan y Salvadora.) Vamos á ver; yo tengo un capricho.

D. FAUS. ¿Tú un capricho, hija mía? ¡Qué cosa más extraordinaria!

GRACIA Papá, no empieces. Sé que desde anteanoche sois abuelos...

JUAN Desde anteanoche á las diez y cinco.

D. FAUS. ¿Sí? ¿Qué novedad es esa? No sabía una palabra. ¿Y es niño ó niña lo que ha venido al mundo?

JUAN Niño; con permiso del señor.

D. FAUS. No, no; yo no entro ni salgo.

GRACIA ¿Y la madre está bien?

SALV Á Dios gracias. Y la criatura como un ángel.

JUAN Mujer, no te ciegues.

SALV. ¡Vaya! A este le ha dao por decir que es feo.

JUAN ¡Y lo es! ¡Pué que se arregle en el desarrollo, como yo, pero trabajillo va á costarle!

GRACIA Bueno, y ¿cuándo pensais bautizarlo? Porque ahí entro yo.

JUAN ¿Que entra usté?

GRACIA Sí: quiero ser la madrina.

(Salvadora y Juan se miran asombrados y ruborosos, y se ponen inconscientemente de pie.)

JUAN ¿La madrina?...

SALV. ¿Usté la madrina?...

JUAN ¿Tú oyes esto?..

GRACIA Pero no os levanteis, que no hace falta.

JUAN De rodillas debíamos ponernos, señorita. (Se sientan.)

SALV. ¡Talmente su madre!...

JUAN ¡Miá el arrastrao del chico, tan feo y to, la suerte que tiene!

SALV. Pues el padrino iba á ser éste, pero ya...

GRACIA Ninguno mejor: no hay que pensar en otro.

JUAN (Riéndose mucho.) ¡Ja, ja, ja!

GRACIA ¿De qué se ríe?

JUAN ¡Ja, ja, ja!

SALV ¿De qué te ríes, hombre?

JUAN De que voy á necesitar un castorín. (Se ríen todos.)

SALV. Sí que tendrás que ponerte majo.

GRACIA No; despilfarros no. No te compres nada.

D. FAUS. Pues á mí lo del castorín me parece preciso: indiscutible.

JUAN ¡El señor!...

GRACIA Mira, con que vaya yo de mantón, estamos al cabo de la calle. Es una idea. ¿Verdad, papá, que es una idea?

D. FAUS. ¡Hija de mi alma! ¿Tú quieres salir en pliegos de aleluyas?

SALV. ¡La señorita de mantón!.. ¡Ah!...

GRACIA Nada, nada: cosa resuelta. Soy madrina de vuestro nieto y voy al bautizo de mantón. ¡Y que tengo yo uno de espuma que es un andrajo! (Acercándose á don Faustino.) Sí, papá, sí; aunque tú no quieras, que sí quieres. En Guadalema la gente se aburre mucho y hay que procurar entretenerla dándole que decir.

D. FAUS. Si lo haces con ese fin alto y caritativo, estamos de acuerdo.

SALV. ¡Ah! ¡Como se va á poner aquella hija cuando lo sepa!...

GRACIA Ea, pues andad á decírselo. Ahora viene bien el levantarse.

JUAN Si es que estamos los dos como embalsamaos... Anda, Salvadora. (Se levantan.)

SALV. (Lloriqueando.) Lo que menos podíamos esperar era este alegrón...

JUAN (Lo mismo.) Esta, como es mujer, se afeta.

GRACIA Vaya, vaya, que no quiero lloros.

JUAN Señorito, con Dios. Con Dios, señorita.

D. FAUS. Id con Dios.

JUAN (Encaminándose con Salvadora hacia el foro, por donde se van, echando bendiciones y diciendo las últimas frases.) Que el Señor le pague á usté esta buena obra, señorita.

SALV. Y que la Virgen le dé mucha salú, pa bien de los pobres, señorita.

JUAN Y que vea usté á su papá con mil años, hecho una momia... y usté lo saque al sol, señorita.

SALV. Y que aquí no haiga penas nunca.

JUAN Y que si ha de haberlas, Dios me las mande á mí.

GRACIA ¡Pobre gente! Lo que agradecen ellos...

D. FAUS. Como locos van. Pero ¿por qué no me habías dicho...?

GRACIA ¡Si se me ha ocurrido esta noche, papá! No he podido pegar los ojos á cuenta de la idea. (Mirando hacia la puerta de la derecha.) Ah, Gonzalo. Dile que me espere; que no se vaya sin hablarme. Vuelvo en seguida. (Coge su bolso y su sombrilla y se va por la puerta de la izquierda.)

D. FAUS. Se me figura que no tendré yo que decirle nada.

ESCENA IV

DON FAUSTINO y GONZALO

GONZ. (Saliendo.) Don Faustino, muy buenos días

D. FAUS. Hola, doctorcillo. ¿Qué tal?

GONZ. Viviendo. ¿Y Gracia?

D. FAUS. Conmigo estaba aquí. Al sentirlo á usted, me encargó que no se marchara sin hablarle. Y se marchó ella.

GONZ. ¿Y usted, está más fuerte?

D. FAUS. Sí, señor; muchísimo más fuerte. Esos sellos que me ha recetado usted son maravillosos.

GONZ. ¿Lo ve usted, incrédulo?

D. FAUS. En fin, no le digo á usted más: yo no he tomado todavía ninguno, y solamente de enviar por ellos á la botica, me siento mejor. ¡Si serán eficaces!

GONZ. ¡Vamos!

D. FAUS. ¿Qué le sucede á usted? Esa cara no está normal. A cuenta del Asilo, como si lo viera. (Se sientan los dos.)

GONZ. A cuenta del Asilo, es cierto. Hace poco más de tres meses que se hizo pública la idea, y ya me pesa á mí como si hiciera un año. No me agradezca usted la visita. Vengo aquí, porque no siendo en mi casa, con mis padres, en ninguna más que en la de usted puedo hablar francamente. La confianza con que aquí se me recibe, el apoyo que ustedes me prestan, son un descanso, un alivio de mis mortificaciones de estos días.

D. FAUS ¡Ay, amigo mío! Es que usted ha peleado mucho con los libros, y muy poquito con los hombres. Y si á los libros se les vence gozando, á los hombres no se les vence sino sufriendo. Empieza usted ahora. Usted ha subido mucho y muy aprisa, y eso, que es un mérito en cualquier parte, en Guadalema es un delito. Además, hay otra circunstancia... Verá usted: un ejemplo: á un escultor, mientras no hace más que amontonar barro sobre barro y arañar en él con los palillos, persiguiendo la forma bella, se le deja hacer, acaso se le admira, pero no se le envidia aún. No se le envidia hasta que debajo de aquella corteza tosca descubre la estatua, que luego cuaja el bronce perpetuamente. Pues mírese usted en ese espejo. Su carrera rápida y gloriosa, sus libros, sus triunfos de Madrid, todo lo que usted es y vale quedará como consolidado en ese edificio que pretende usted levantar con el auxilio de sus paisanos... Y eso, amigo mío, es mandar la estatua de barro á la fundición en hombros de todos: y créalo usted: se resistirán á llevarla, y si la llevan, procurarán tirarla al suelo en el camino. Conque paciencia... valor... y adelante. Dios dirá.

GONZ. Valor no me falta, ya lo sabe usted; pero temo mucho á la asfixia.

D. FAUS. ¿Tan pesada va siendo ya la atmósfera?

GONZ. Dos días más, y me dará vergüenza salir á la calle.

D. FAUS. ¡Hombre, por Dios! Tampoco sea usted visionario.

GONZ. Le juro á usted que á ninguna parte voy ya tranquilo: sin que nada me digan, todo lo escucho; sin que nada me enseñen, todo lo veo. En unos, hostilidad inexplicable; indiferencia en otros; en algunos torpes ideas dignas del presidio. De esto no me he dado cuenta hasta hoy: hay quien se figura que el plan del Asilo es una inspiración egoista. Más claro: que en el fondo de mi proyecto generoso lo que late es un negocio vulgar.

D. FAUS. Mire usted, Gonzalo: en la vida de todo hombre que va á ser algo en este mundo, hay un momento decisivo, solemne: aquel en que se siente fortificado por la conciencia clara de su propio valer, y seguro y satisfecho de sí mismo, trueca la mortificación en lástima, y en vez de odiar, compadece. Usted ya no cumple con su deber si deja que la envidia le robe un solo minuto de labor.

GONZ. Pero ¿cómo puede ser envidia esto que me rodea? ¡Es inconcebible! ¡es absurdo! Envidia ¿de qué? Envidia ¿por qué? Antes yo, como todos los hombres, trabajé para mí, para los míos: en lo que quiero hacer ahora trabajo sólo para los demás, para los que no conozco, para los que nacieron más pobres, más débiles que yo. ¿Qué me envidian aquí?

D. FAUS. ¿Le parece á usted poco todo eso? ¿ser capaz de pensar y de hacer todo eso?

GONZ. Muy poco me parece: casi nada.

D. FAUS. Sobre que ya le he dicho á usted lo que eso significa. Y es que la envidia, que sin duda es pasión universal, aquí, en España, es además un juego entretenido. ¡Y qué noble juego!... ¿Quién no lo sabe? Gustamos mucho de elevar á un hombre con gran algazara, para luego tirarle de los pies y que caiga de golpe y se estrelle. Claro está que en muchos casos el hombre no cae. Quiebras del juego.

GONZ. No soy tan pesimista como usted. A veces lo ruin, lo villano, parece mucho porque mucho alborota.

D. FAUS. ¿Ah, sí? ¡Pues aplíquese usted el cuento, amigo! (Se levanta.)

GONZ. No; si ahora hablaba en términos generales...

D. FAUS. En términos generales acaso tenga usted razón. Si bien se mira, de nada debe juzgarse de una manera absoluta y sin distingos. ¿Sabe usted lo que decía un amigo mío — ya se ha muerto el pobre—á quien mortificaba atrozmente la frase de Ayala calificando la envidia de vicio nacional?

GONZ. No, señor. ¿Qué decía? (Se levanta también.)

D. FAUS. Decía—tal vez con fundamento—que en la propia bandera se encuentra la verdad del caso. Una franja amarilla y dos encarnadas: envidia y vergüenza. Esto es: que por muchos que sean los envidiosos, son el doble de ellos los que se ponen colorados de pensar que una cosa tan fea pueda ser al mismo tiempo tan española.

GONZ. Su amigo de usted estaba en lo firme. Así pienso yo, y así he pensado siempre. Pero ¡ay! no puedo menos de llorar que aquella aspiración en que puse lo mejor de mi alma, me haga ver tantísima miseria y me cueste la primer arruga de la frente.

D. FAUS. Es muy deplorable. Y nos estamos poniendo demasiado serios, y esto no va conmigo. Crea usted, y doblemos la hoja, que si no hubiera algo cierto y positivo detrás de esa arruga, no se le habría formado á usted. Es más: se pasaría usted la vida con la frente tirante y hueca como un tambor. Conque usted dirá qué es lo que prefiere. Y por si no teníamos bastante Asilo ya, ahí viene Gracia, que nos va á colmar las medidas.

GONZ. Sí que lo ha tomado con un calor... Dios se lo pague.

D. FAUS. Cuéntemelo usted á mí. La otra noche, al salir del teatro, vió á un chiquitín acurrucado en el hueco de una puerta: ese golfillo á quien le dicen Pilili .. Bueno, pues le dió muchísima lástima, lo cogió, lo lió en su capa, lo metió en el coche y aquí durmió. Por la mañana levantó el vuelo con la primera luz, y hasta otra. ¿Qué le parece á usted?

GONZ Que oyendo eso se olvida uno de lo demás.

ESCENA V

DICHOS y GRACIA; luego JULIA

GRACIA (Saliendo por la puerta de la izquierda.) Usted va á tener la culpa de que yo pierda el poco seso que Dios me ha dado. Buenos días.

GONZ. Buenos días. ¿Por qué dice usted eso, Gracia?

GRACIA Demasiado lo sabe usted.

D. FAUS. Ahí lo tienes: vencido en la batalla.

GONZ. Vencido, no.

D. FAUS. Herido y maltrecho: es igual.

GRACIA ¡Usted también!... ¡Vaya unos hombres! Esta mañana estuvo aquí Berruguete, desalentado ya... y no hace veinte días que hemos puesto manos á la obra. José Ramón, su amigo de usted, me escribe también lleno de dudas, de desconfianza, que quiere verme, que quiere que hablemos... ¡el que parecía que iba á levantar en peso á Guadalema!... Y á última hora se nos presenta el héroe todo mustio y llorón... Mire usted qué cara... Le dan ustedes demasiada importancia á la gente.

GONZ. ¡Pero si en este caso dependemos de ella!

GRACIA A pesar de eso: usted no oiga ni vea más que lo que convenga á su propósito, que es bueno. Lo demás que se lo lleve el aire.

GONZ. ¡Ojalá pudiera yo taparme los oídos y cerrar los ojos!...

JULIA (Asomándose á la puerta de la derecha.) Señor.

D. FAUS. ¿Qué hay?

JULIA El señor Lobo pregunta por usted.

D. FAUS. ¿Lobo?

GONZ. ¡Cristo! ¡El Director de la compañía del Principal! Me voy por el jardín á toda prisa.

D. FAUS. ¿Pero es una fiera, en efecto?

GONZ. ¡Es pesadísimo! Me trae frito á consultas.

D. FAUS. ¿Está malo?

GONZ. ¡Qué ha de estar malo! No sabe qué comedia poner la noche de la función benéfica, y donde me ve me atrapa y me dobla.

GRACIA Pues que pase y lo resolvemos entre todos. Mire usted que el apuro...

D. FAUS. Sí, sí, que pase. Su deber de usted es oirlo. (A Julia.) Que pase ese señor.

GONZ. ¡Ya verán ustedes qué mosca!

GRACIA Pues como actor no trabaja mal. Anoche lo aplaudían mucho siempre que se iba.

ESCENA VI

GRACIA, DON FAUSTINO, GONZALO y LOBO Al final JULIA y BERRUGUETE

LOBO (Desde la puerta de la derecha.) ¿Hay permiso?

D. FAUS. Adelante, caballero.

LOBO Muy buenos días. ¿Tengo el gusto de hablar con el señor... (Se le olvida el apellido de pronto, y quiere ayudar á la memoria tocando las castañuelas con los dedos.) con el señor...?

D. FAUS. (Salvándolo con una palabra.) ¿Latorre?

LOBO Latorre; justamente... Y no traía otra cosa en la cabeza.

D. FAUS. Servidor de usted.

LOBO Obligadísimo. Yo soy...

D FAUS. Ya lo sé. (Presentando.) Mi hija Gracia.

LOBO Señorita...

D FAUS. Don Gonzalo Vega, autor del proyecto de Asilo...

LOBO El señor y ya nos conocíamos yo. (¡Huy!...) (Se dan la mano.)

D. FAUS. ¿Ah, sí? No sabía... Siéntese usted, señor de Lobo.

LOBO Muchas gracias.

D. FAUS. Siéntese, haga el favor

LOBO Si estoy cansado de estar de pie...

D. FAUS. Pues por eso mismo.

LOBO Je...

(Se sientan todos. La preocupación de Lobo durante la visita es demostrar soltura y distinción, cosa que dificulta más de lo que parece el traje de chaqué que se ha puesto. En tiempo fué elegante, pero las modas cambian mucho.)

D. FAUS. (Viendo que no habla nadie.) Señor de Lobo...

LOBO Mándeme usted.

D. FAUS. Considero muy honrada mi casa con la visita de tan ilustre actor, y sólo espero saber en qué puedo servirle.

LOBO (Creyendo que don Faustino le habla en serio.) Gracias por la lisonja... qué más quisiera yo que ser ilustre...

GRACIA ¿Es cierto que han surgido dificultades para elegir la obra que ha de ponerse en la función de caridad?

LOBO Muy cierto, señorita Y á fin de orillarlas de la mejor manera posible, me envía aquí el señor don José Ramón... (Vuelta á las castañuelas.) Don José Ramón...

GRACIA Carrasco.

LOBO Carrasco. No traía otra cosa en la cabeza. Mi deseo excuso decir que es complacer á todo el mundo. Cabalmente me *jato* de tener una gran compañía, con un repertorio, aunque me esté mal el decirlo, *impepinable.*

D. FAUS. ¡Hombre! Y con repertorio de tan hermosa condición, ¿qué género de obstáculos se presenta?

LOBO Señor, yo me debo al público... yo me debo al abono... ¡yo no puedo hablar!

GONZ. Entonces ¿á qué ha venido usted?

D. FAUS. Le advierto á usted que aquí se puede expresar con toda llaneza. Por fortuna nos hallamos libres de preocupaciones de cierta clase, de hipocresías...

LOBO Ahí le duele, ahí le duele.

D. FAUS. Se lo digo así para que se haga cargo de la casa en que está.

LOBO Entendido. Hablaré con sinceridad absoluta. Yo vivo del público, pero esto no quita que *azvierta* sus errores y sus *dibilidades.* La sociedad de Guadalema, mejor dicho, el abono, es de una mogigatería irritante, ridícula. Apenas ve un dejo de *moutarde* en la frase, ya está pun, pun, con los bastones. El viernes último *menearon* á mi señora.

GONZ Es muy de sentir; pero no es de eso de lo que aquí se trata, señor Lobo.

GRACIA ¿Por qué motivo se desistió de representar *El angel de la guarda,* quiere usted decirme?

LOBO Se la tildó de antirreligiosa. Como sale un curita joven que torea en una becerrada...

GRACIA ¿Y *Las niñas del día,* esa comedia tan agradable?

LOBO ¡Arrea, manco! Dicen de ella que es verde. Y es una obra que pueden ver los ciegos. A

su sólo anuncio me escribió una carta cierta señora que se *jata* de muy *finolis* —y cuidado que yo sé de ella más de cuatro cositas fuertes—advirtiéndome que si no la retiraba del cartel saldría de Guadalema excomulgado.

GRACIA ¡Qué ridiculez!

D. FAUS. ¿Quién es ella, puede saberse?

LOBO Perdone usted, señor...

D. FAUS. Con toda libertad: si no ha de salir de nosotros...

LOBO Pues es una dama... (Bajando de repente la voz y con gran misterio.) que hace tiempo vendía bacalao, y ahora arrastra coche.

D. FAUS (A Gonzalo.) ¡Ah, sí! Su tía de usted.

LOBO (Poniéndose de pie y con el corazón en la boca.) ¿Cómo?

GONZ. (Riéndose.) No, señor; no es mi tía. Se refiere á doña Blasa Rute, don Faustino.

LOBO (Como después de representar seis actos de tragedia.) Sí; á doña Blasa me refiero.

D. FAUS. Perdone usted. Me he trascordado yo.

GRACIA Papá, qué cosas tienes. Siéntese usted, señor de Lobo.

LOBO Gracias...

GRACIA Siéntese usted.

LOBO Muchas gracias .. si estoy mejor sentado...

D. FAUS. Razón de más...

GRACIA Pues mire usted, se me ocurre una cosa: puesto que tan bien conoce usted el espíritu de la sociedad de Guadalema...

LOBO Es favor.

GRACIA Nadie más indicado que usted para elegir la obra que haya de representarse esa noche. Si acierta con el gusto de todos, mejor para todos; si tiene la desgracia de no acertar, peor para los que no vayan al teatro. Como usted comprende, aquí no se trata de mendigar una limosna, sino simplemente de estimular la caridad.

LOBO Señorita... yo agradezco ese honor con toda mi alma... Procuraré corresponder á él... cosa que no es tan fácil, porque las señoras de Guadalema no se asustan de nada en el

barraconcito por secciones y se asustan de todo en el Principal. Pero, en fin, cada uno tiene su alma en su *armario*. Después de todo yo no debía meterme... Me debo al abono.. me debo á la masa... me debo á los críticos... me debo al gobernador... me debo al alcalde... me debo al clero...

D. FAUS. ¡Basta, basta; que me abruma esa falta de independencia!

LOBO (Levantándose) Bien; ya me marcho.

D. FAUS. No es eso.

LOBO Comprendido. Posdata. El señor don José Ramón... (Castañuelas otra vez.) Don José Ramón...

GRACIA Carrasco.

LOBO Carrasco. Me encargó manifestara á ustedes que hay devuelta mucha localidad; que á quien se le manda palco pide butacas, y *vice*. Creo que son innumerables los descontentos. Además, parece que el impresor ha tirado ya dos programas *de gratis*, y dice el hombre que no tira ninguno más mientras no se le jure que no ha de variarse el espectáculo. Tiene razón de sobra, ¿eh? esto es aparte. Yo también me debo al impresor. Y si ustedes no me mandan nada...

D. FAUS Mil gracias: usted es quien ha de mandar, señor de... (Imita á Lobo tocando las castañuelas con los dedos, como si se hubiera olvidado del apellido ó como si quisiera ver si el propio Lobo recuerda el suyo.)

LOBO Lobo.

D. FAUS Lobo. Y no tenía otra cosa en la cabeza. Yo me complazco sobremanera en haberle conocido personalmente. Esta es su casa, y estas que estrecha usted unas manos que nunca se cansarán de aplaudirle. (Toca un timbre, y á poco aparece Julia por la puerta de la derecha.)

LOBO Reconocidísimo, señor Señorita...

GRACIA Adiós.

LOBO Señor don Gonzalo, beso á usted la suya.

GONZ. Adiós, amigo.

D. FAUS (A Julia.) Acompaña á este caballero. (Fijándo-

se en Lobo, que busca algo con la vista junto á la puerta.) ¿Qué busca usted?

LOBO (Volviendo en sí.) ¡Ah, caramba! Buscaba *le chapeau* y lo tengo en la mano. Como en las comedias lo dejamos siempre en una silla que hay para eso en la puerta del foro... Servidor. (A Berruguete, que llega cuando él va á marcharse.) Usted.

BER. (Dentro.) Usted.

LOBO Usted.

BER. (Saliendo.) Gracias.

LOBO Buenas noches.

(Se saludan doblando el cuerpo con mucha seriedad y se va Lobo para siempre Gracia y su padre sueltan la carcajada.)

ESCENA VII

GRACIA, DON FAUSTINO, GONZALO y BERRUGUETE

BER. Buenos días.

D. FAUS. ¡Es ideal ese señor de Lobo!

GRACIA ¡Qué elegante y qué suelto! ¿eh?

D. FAUS. ¡Y qué memoria para los apellidos!

GONZ. (Nervioso é irritado.) ¿Pero tienen ustedes humor de bromas todavía?

BER. (Viendo que nadie le hace caso.) ¿Se puede hablar?

GONZ. ¡Si ha de ser de las fiestas, no!

GRACIA ¿Hay algo, Berruguete?

BER. ¿Que si hay? (Indignadísimo.) ¡Hay para irse, no ya de Guadalema, sino del globo! Oigan ustedes: oye tú. Por supuesto, á estas fechas me he pegado con dos: uno en el café y otro en el Casino. Y á la salida me aguarda el tercero.

GONZ. ¡Acaba!

BER. Gordas y frescas. Vengo del teatro. Primero: hay devuelto un carro de localidades. Los que han recibido palcos quieren butacas, los que butacas palcos...

GONZ. ¡Eso ya lo sabemos de memoria!

D. FAUS Nos lo ha contado Talma.

BER. ¿Talma? ¿Talma? No conozco á Talma Segundo. También es muy gracioso, y esto no lo saben ustedes. El impresor, como ya ha tirado dos prospectos...

D. FAUS. Dejadlo que siga, y que termine.

GONZ. No, señor; que no siga. Lo sabemos también.

BER. Ah, ¿lo saben ustedes? Bueno, pues, tercero. (Va á romper á hablar y se para.) ¿Lo saben ustedes?

D. FAUS. Hasta ahora, no.

BER. Don Claudio ha recibido un anónimo.

GRACIA ¿Un anónimo?

D. FAUS. ¿Quién es don Claudio?

BER. Pérez Villamil. El que daba el solar para el edificio. Es el único rasgo de desprendimiento que ha tenido desde que nació Y cuenta que daba el solar porque no iba á servirle para nada. Pero, amigo, llega el anónimo—el anónimo lo han visto estos, —se le dice que una compañía inglesa trata de comprárselo para montar allí no sé qué diantres, y el hombre, como es tan cicatero, en la duda, se abstiene. ¡Y no hay solar! Ya creo que empieza con que si fué, que si vino, que si patatín, que si patatán, que si esto, que si lo otro.

GRACIA ¿Les parece á ustedes? Pero ¿de qué cabeza habrá salido esa picardía?

GONZ. ¡Esa infamia!

BER Infamia: tú le has dado el nombre. Conociendo á don Claudio ..

GRACIA Será preciso convencerle ..

GONZ. ¡De nada! El que quiera estar á nuestro lado, que venga solo. ¡A nadie debemos obligar!

D. FAUS Opino enteramente como usted.

GONZ. ¡Me repugna quien da la limosna renegando del pobre que la pide!

BER. ¡Medrados quedamos!

ESCENA VIII

DICHOS y MANOLITA

MAN. (Llegando repentinamente por el jardín, sofocada y nerviosa.) Aquí estoy yo otra vez. La comisión en masa. Me alegro.

GRACIA Sólo faltabas tú, hija mía.

MAN. Bueno, pues si le pego á alguno que me dispense, porque traigo los nervios de punta.

GONZ. ¿Sí? Hasta luego. ¡Yo no puedo más!

MAN. No, no, no, no, Gonzalo: á usted lo necesito. (Inquieta y hecha un torbellino se levanta y se sienta según le conviene.) ¡La que hay armada, Virgen mía! Si en lugar de un Asilo se le ocurre á usted levantar un reñidero de gallos ó una plaza de toros, nos hubiéramos evitado tanto berrenchín. Por supuesto, que aquí hay alguien que mete cizaña. No me cabe duda. Sí, porque en un principio todo el mundo estaba conforme, todo el mundo encantado, Gonzalo por aquí, Gonzalo por allá, que si la caridad, que si la desgracia, que si la miseria, que si el abandono... y ahora todas son dificultades y retraimientos y caras largas... Con que áteme usted ese mosquito por los bigotes.

D. FAUS. ¿Vió usted á Lolita y á su madre?

MAN. A Lolita no: á su madre sí. «La niña estaba con anginas.» A ver si le cambia la voz. *Doña Deficencia* salió á recibirme con un *matiné* cerveza clara y una falda gaseosa de limón, que yo dije: «¡Ay, qué ponche! ¡qué ponche! Me bebo á esta señora.» Pues bueno, hubo que oirla: «Manolita, por Dios; usted me pide un *imposíbile*. ¿Cómo voy yo á consentir que mi hija quede para plato de segunda mesa?» «Pero señora, ¿qué plato, ni qué mesa, ni qué...?» «Ah, sí, sí; sé que se ha contado primero que con Lola con la señorita de Latorre.» Esto con mucho retintín, ¿sabes? porque, hija de mi alma,

la niña y la mamá te tienen una envidia atroz. Yo no sé por qué. Digo, sí lo sé; pero bueno... Salgo de allí como una pólvora, y al subirme en la berlina, ¡zas! Pepito Cueto, á caballo y con impermeable. Te prevengo que no hay una nube. Lo sacará para que no se le pique. Me puso la cabeza así. «Usted comprenderá que si mi novia no preside yo ni mato el becerro ni corro cintas... Usted comprenderá que á mí el Asilo me tiene sin cuidado... Usted comprenderá...» Yo no comprendí nada: me metí en el coche de repente y le dije á Ramón: «¡Atropéllalo!» Y si no se le asusta la jaca lo coge por la nuez, que es lo más saliente que tiene. ¡Hala! De allí á casa de Juste. La señora no estaba. Lo sentí, porque llevaba hipo. Me recibió el esposo. No lo puedo aguantar: las personas que me hablan sin mirarme me sacan de quicio. «Yo siento en el alma que se haya usted molestado... pero estoy resuelto á no contribuir... Se ha impreso un programa de las fiestas... se han dado nombres propios... y han puesto á mi señora debajo de la de Orejón... y mi señora no puede estar debajo de la de Orejón...» Y á todo esto con los ojos en el techo y en las paredes. Me dieron unas ganas de cogerle la cabeza y decirle: (Haciéndolo con Berruguete) «¡Hombre, míreme usted! ¡míreme usted!» Ay, usted perdone, Evaristo.

BER. No hay de qué, señora.

MAN. Por si no tenía bastante con el yerno salió á plaza la suegra: la andaluza. Mamarracho igual no conozco. Está más calva cada día. Ya no le quedan más que cuatro pelos muy tirantes y una maraña arriba que parece un nido. En seguida se fué de la lengua: «Mala cauza defiende usté, Manolita: en ezo del Azilo eze, ni hay formaliá, ni hay ganas de complacé á las familias, ni ze zaben hacé las cozas con finura. ¡Ay, mi Chipiona de mi arma!» Y por ahí adelante empezó la buena señora á despotricar, y me dijo algu-

nas cosas tan inconvenientes y de tan mal gusto, que si no llego á mirar que estaba en su casa le arranco el nido de un tirón.

GONZ (Fuera de sí.) ¿Qué dijo?

MAN. Lo que á usted no le importa: ya le contesté yo cuatro frescas.

GRACIA ¡Gente más ruin!

MAN. Bueno, pues en casa de Rubio, tres cuartos de lo propio; y Polita Velasco se larga el viernes á Madrid y escurre la persona; y acabo de descararme con Adulfo Tello, que me soltó una grosería creyéndose que hablaba con su mujer... Y qué sé yo, qué sé yo, porque todo se vuelven chismes, y disgustos, y enredos, y excusas, y embustes, y piques, y enfados, y hágame usted el favor, y no me da la gana... ¡Un horror, hija mía! Media Guadalema, si no toda, que se nos pone enfrente, como si quisiéramos prender fuego á la iglesia ó volar la plaza de toros!

GONZ. ¡Basta ya! ¡basta ya, Manolita! Le suplico á usted que se calle.

GRACIA ¡Por Dios, Gonzalo!

D. FAUS. ¿A qué viene exaltarse de esa manera?

GONZ. Dispensen ustedes: no sé reprimir mis arrebatos. Cuando oigo ciertas cosas me dan ganas de hacer un hoyo en la tierra, meterme en él y no volver á salir en la vida.

BER. ¡Como que te iba yo á dejar!

D. FAUS. Usted creyó que todo marcharía lo mismo que una seda, y se encuentra con una soga burda y áspera que destroza las manos.

GONZ. Yo lo que digo es que seda ó soga ó diablos encendidos—vuelvo á rogar que me perdonen—se acabó todo ya.

GRACIA No, Gonzalo.

GONZ. Sí, Gracia.

GRACIA ¡Qué poco vale usted!

GONZ. Muy poco, es cierto. Por encima de esas miserias con que quieren ahogar una buena obra, debiera yo poner la alegría de los pobres en cuyo beneficio quise hacerla. ¡Infelices, que acortan su vida por nosotros! Pero

no sé, no puedo; no respondo de mí si sigue esta lucha. Pretendí que el esfuerzo de todos realizara la que estimo un bien para los pobres, y en lugar del auxilio generoso encuentro la vanidad más hueca, la envidia más baja, la frivolidad más desesperante... y las suposiciones que más pueden herirme.

D. FAUS. Está usted excitadísimo, Gonzalo. Cambiemos la tocata.

GRACIA Sí, sí.

GONZ. No; á costa de este sueño mío, que me ha hecho llorar creyéndolo cercano, no quiero yo que nadie se luzca. No nació en mí para ser estímulo de la vanidad de los necios. Quien se quiera lucir á la vista de todos, que alce en la Plaza una cucaña y que trepe hasta arriba lleno de cintajos de colores.

MAN. Algo daría yo por ver subir á la suegra de Juste. (Berruguete y don Faustino se ríen. Gracia se aparta y se abstrae.)

D. FAUS. Ha estado usted muy oportuna, Manolita. Gonzalo, venga usted conmigo. Yo me llevo á este loco á darle cuatro palos en mi sala de armas, para volverlo á la realidad. Ya que hoy ha recibido algunos por dentro, que los reciba también por fuera. Ande usted.

GONZ. Vamos donde usted guste.

BER. ¡Corcho!

D. FAUS. ¿Qué pasa?

BER. ¡Las doce ya! ¡A mí me van á echar á la calle! ¡Todavía no he parecido por mi oficina!

MAN. Ni yo por mi casa. Y Sarmiento me dijo que no almorzaba hasta que fuese yo. ¡Y tenemos arroz á la valenciana y estará pasado!... ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Cualquiera lo oye! Hasta luego, ¿eh?

BER. Hasta luego.

D. FAUS. Vayan con Dios.

GONZ. Adiós, Manolita. Adiós, Evaristo. (Manolita va á irse por la puerta de la derecha y Berruguete por el foro. A mitad de camino cambian de parecer y ella se marcha por el jardín y por la derecha Berruguete.)

MAN. Por aquí me coge más cerca.

BER. Y á mí por aquí.

Man. Rigodón, rigodón...

D Faus Ande usted: vamos allá dentro.

Gonz. (Yéndose por la puerta de la izquierda con don Faustino, después de mirar atentamente á Gracia, que sigue abstraída.) ¿Qué piensa?

Gracia (Como resumiendo sus reflexiones y con los ojos fijos en el suelo.) ¿Cuál es vuestra fuerza, insensatos, si no podéis secarle ni la inteligencia ni el corazón?... (Pausa.)

ESCENA IX

GRACIA y JOSÉ RAMÓN

Gracia (Andando maquinalmente por la escena.) Es incomprensible lo que sucede... incomprensible... Cada día nuevas dificultades... ridículas todas... ¡Lo que debe de sufrir Gonzalo!... La gente es mala, sin saberlo...

J. Ram. (Llega por el jardín. Se dirige á Gracia, que no le ve llegar.) Gracia.

Gracia ¡Ah! José Ramón. (Se dan la mano.)

J. Ram. ¿Recibió usted la carta mía?

Gracia La recibí. Siéntese usted.

J. Ram. ¿Está usted mala?

Gracia No. Inquieta, nerviosa... Allá dentro está Gonzalo: ¿quiere usted que lo llame?

J. Ram. Prefiero hablar con usted primeramente.

Gracia ¿Alguna buena novedad? (José Ramón la mira como sorprendido de la pregunta y luego niega con la cabeza.) ¿Ninguna?

J. Ram. Ninguna.

Gracia Hable usted, entonces.

J. Ram. Como sé lo que en esta casa se estima y se protege á Gonzalo, venía á ver á usted y á su padre para que cambiásemos impresiones... sobre algo muy triste... muy amargo... pero, á mi modo de ver, inevitable ya.

Gracia Avisaré á mi padre ahora mismo.

J. Ram. Déjelo usted. Así como así, no me pesa hallarla á usted sola. Acaso sea mejor para todos.

GRACIA Me pone usted en cuidado, José Ramón.

J. RAM. Pues nada le voy á decir que usted no sepa

GRACIA ¿Y es ello? ¿Querrá usted creer que estoy temblando?

J. RAM. Yo también: pero yo de lo que tiemblo es de ira. Vamos á ver, Gracia; con ruda franqueza, como á mí me gusta hablar siempre: ¿cree usted que los que de veras queremos á Gonzalo debemos permitir que siga adelante en esta aventura desdichada?

GRACIA ¿Por qué no? ¿Tanto le asustan á usted los obstáculos?

J. RAM. Los obstáculos, no: lo que significan. Veo á la gente en una actitud, que hace muy poco airosa la de Gonzalo.

GRACIA ¿Qué?

J. RAM. Sí. La humillación para quien pide es indudable si ha de ser regateada la limosna.

GRACIA ¿Y no será honrosa esa humillación, ya que usted le ha dado ese nombre, si el fin se realiza?

J. RAM. Es que dudo... no dudo, digo mal; es que creo que no se realiza. Siempre me pareció locura, muy propia de Gonzalo, que ve la vida color de oro, querer hacer una obra buena contando con la gente.

GRACIA ¿Tan mal concepto tiene usted de ella?

J. RAM. El peor. ¿Hay nada más indiferente, más egoista... ó más malo? La conozco bien. Como vivo desde niño en una soledad dolorosa, y he necesitado tanto de la gente para vivir, sé muy bien de lo que es capaz. Donde haya gente, lance usted una mala idea, una calumnia, verá qué pronto agarra. Yo respondo de ello.

GRACIA ¿Es que quizás se dice de Gonzalo...?

J. RAM. Lo que se dice, no quiera usted saberlo. Lo que se hace, usted lo ve...

GRACIA Entonces, José Ramón—y ahora invoco yo aquella franqueza de que usted hablaba,—si usted fuera el autor de los proyectos de Gonzalo, ¿qué haría?

J. RAM. Haría... lo que quiero que Gonzalo haga. Pero antes de aconsejárselo á él, deseaba yo

saber si usted creía prudente y atinado mi consejo.

GRACIA Sí lo creo... pero es tan triste desistir...

J. RAM. ¿Y qué hemos de hacerle nosotros?

GRACIA Si hubiera una solución decorosa .. un medio de continuar dignamente .

J. RAM. ¿Cuál, Gracia? Eso es imposible...

GRACIA Imposible... imposible .

J. RAM. Digo, á mí se me figura que dignamente...

GRACIA Dignamente. . claro...

(Pausa. José Ramón observa á Gracia, cuyo rostro se ilumina y alegra de improviso. Desde ahora sigue hablando con él estimulada por una idea fija que se graba en su mente)

J. RAM. ¿Qué piensa usted?

GRACIA Que sí... que dignamente no es posible... ¿verdad?

J. RAM. Ese es mi tema.

GRACIA Sí, sí, que desista... El estaba ya en ello.

J. RAM. ¿El?

GRACIA Sí, sí .. Se conoce que también ha advertido...

J. RAM. ¿Le ha dicho á usted algo?

GRACIA Lo mismo, lo mismo que usted...

J. RAM. ¿Lo mismo que yo?

GRACIA No en balde son ustedes tan amigos... Yo no le hice caso .. creí que serían sus vehemencias... Pero es lo mejor, no cabe duda...

J. RAM. ¿Lo cree usted sinceramente?

GRACIA No lo diría, si no. Nada, nada, es cosa resuelta. Del Asilo no se hable más.

J. RAM. Pero ¿se alegra usted?

GRACIA Cuando se toma el mejor partido en las cosas, siempre hay motivo de alegría.

J. RAM. Gonzalo va ganando con ello.

GRACIA Va ganando, sí... Ha tenido usted una inspiración.

J. RAM. Como conozco el mundo...

GRACIA Claro.

J. RAM. Seguir adelante sería prolongar el suplicio.

GRACIA ¿Qué habla usted de seguir adelante? Ya no, ya no... ¿Usted también se ríe?

J. RAM. Me alegra que esté usted tan convencida.

GRACIA Y á mí me alegra estarlo. ¡Qué locura! Pero ¿cómo no había visto yo...?

J. RAM. ¿Qué?
GRACIA Esto; lo que la gente es... lo que usted me dice... José Ramón, usted es un gran amigo de Gonzalo. ¡Cuánto me complace que haya usted venido! De veras, de veras.
J. RAM. (¿Se burla esta mujer de mí?)

ESCENA X

DICHOS y GONZALO

GONZ. (Saliendo por la izquierda, para despedirse) Gracia. . Hola, José Ramón: ¿tú aquí?
J. RAM. Hola, Gonzalo: aquí me tienes.
GRACIA Por poco sorprende usted nuestra conspiración.
GONZ. Pero ¿conspiraban ustedes?
J. RAM Y en favor tuyo.
GONZ. A ver, á ver...
GRACIA Sencillamente, que hemos resuelto que desista usted de sus quimeras humanitarias.
GONZ. ¿Por fin me da usted la razón?
GRACIA Por fin. He necesitado que venga su amigo de usted para convencerme.
GONZ. ¡Cuánto me alegro yo de las dos cosas!
J. RAM Con todo, si quieres que por algún otro camino intentemos...
GONZ. (Despues de mirarlo muy fijamente, de un modo extraño.) No.
J. RAM Como tú quieras.
GRACIA No.
J. RAM. Ya sabe usted lo que le he dicho. Ese es mi criterio. Vente, Gonzalo, y charlaremos hasta apurar el tema.
GRACIA Permita usted que se quede aquí unos minutos. Tengo que hablarle yo.
J. RAM. Ah, bueno.
GONZ. ¿Usted, Gracia?
GRACIA Sí.
J. RAM (Despidiéndose.) Pues amiga mía...
GRACIA Mire usted que no es puñalada de pícaro...
J. RAM No importa. Luego nos veremos. Yo, de todas maneras, iba á marcharme ya.

GRACIA Adiós, entonces. No quiero detenerlo Y crea usted que si hay oportunidades en la vida, ninguna tan feliz como su visita de hoy. Me alegro de ella como de pocas cosas.

J. RAM. (Sin entenderla.) Por Dios... Hasta luego, muchacho. Nada te digo, ¿eh? Ya sabes quien soy yo.

GONZ. (Mirándolo como antes.) Sí: ya lo sé.

J. RAM. Adiós, Gracia. A su padre de usted mis respetos. (Vase por el foro descompuesto por la insistente mirada de Gonzalo.)

ESCENA XI

GRACIA y GONZALO

GONZ. (Como desechando una mala idea.) No puede ser, no puede ser...

GRACIA ¿Qué, Gonzalo?

GONZ. Tanta miseria me ha hecho pensar el mayor disparate del mundo. ¿Quién lo evita?

GRACIA Déjese usted de pensar disparates, y óigame á mí.

GONZ. Impaciente me tiene la curiosidad.

GRACIA Ello es una cosa que ha de saber usted primero que nadie...

GONZ. ¿Sí?

GRACIA Tal como ha nacido en mi pensamiento quiero yo que pase al de usted: sin que nadie la modifique ni aun para mejorarla. Es idea mía, completamente mía: se me ha ocurrido hace un momento y estoy rabiando por decírsela á usted.

GONZ. Y yo porque usted me la diga.

GRACIA Bueno, pues... No; vamos por partes. ¡Ay, qué angustia, tener que empezar siempre por el principio! Contésteme usted á esto.

GONZ. Hable usted, Gracia.

GRACIA Supongo que da usted por definitivamente fracasado...

GONZ. Ah, pero ¿es sobre lo mismo?

GRACIA Conteste usted.

GONZ. ¡Y qué remedio queda! No quiere esto decir que yo desista en absoluto de mi empeño: ¡eso no! ¡Ya lo realizaré algún día!... ¡Lo que rechazo desde luego, es el auxilio que me regatean los que no son capaces de entenderme! Esta misma tarde pienso decirlo á quien me quiera oir. Aquí fué Troya... Los amigos que estaban á mi lado, muchos ó pocos, lo sentirán conmigo, con ustedes; los que me ayudaban por compromiso respirarán á gusto, como quien se libra de una carga enojosa; los indiferentes se encogerán de hombros, y los que se alegren del fracaso.. esos... bastante tienen con su alegría.

GRACIA Muy bien, Gonzalo. Me encanta que hable usted de ese modo. Y ahora me toca á mí. No se entristezca usted mucho todavía, ni llore por imposible y desbaratado su intento... Los niños pobres de Guadalema, de quienes nadie se ha preocupado aquí hasta que ha habido un Gonzalo Vega que piense en ellos, tendrán amparo y protección.

GONZ. ¿Qué dice usted?

GRACIA Esta idea, que no lleva en mi pensamiento más que unos minutos de vida, se conoce que es antigua en mí, por las raíces con que ahora la noto y por el tesón con que estoy decidida á defenderla. El Asilo se levantará, y si me apuran mucho, dará en el cielo con la cruz de su torre.

GONZ. ¿Cómo? ¿Usted...?

GRACIA Mi fortuna es grande; si no tanto como quiere la leyenda, todo lo que á mí me conviene ahora. ¿Cree usted que estará mal empleada una parte de ella en costear las obras del Asilo?

GONZ. Por Dios, Gracia, eso es un sueño de usted... Hermoso, pero sueño... No se puede pensar sólo con el corazón. ¿Imagina usted que yo debo aceptar...? Piense usted en la gente que nos rodea...

GRACIA Pero si lo hago para no pensar en la gente...

GONZ. ¿No le asusta á usted lo que dirían?

GRACIA A otra mujer, tal vez. A mí no. Estoy acos-

tumbrada á hacer mi voluntad, despreciando el parecer ajeno. Usted lo sabe.

GONZ. Me aturde usted, Gracia. Admiro esa grandeza de que no soy capaz. A mí una sola mirada del prójimo me hiere en lo más vivo. Pero, aunque así no fuera, yo no debo consentir que arrostre usted el despecho de todos.

GRACIA Si usted no tiene nada que consentir, criatura. Si es que yo, que voy á edificar una casita, lo llamo y le digo: usted que entiende de esto, Gonzalo: ¿me quiere ayudar?

GONZ. ¿Y con su padre, ha consultado usted?

GRACIA ¿Cuándo? ¿No oye usted que esto es una improvisación? Además, á mi padre jamás le consulto yo para nada bueno; y como, que yo sepa, no hago nada malo... pues, ahí verá usted; no le consulto para nada.

GONZ. Es usted singular... Conmueve usted, con lo que dice, los que yo consideraba sólidos cimientos de mi carácter. Fuera, fuera temores pueriles, aprensiones de niño mimado... Venza lo que debe vencer. Aquí está mi pecho, dispuesto á recibir todas las heridas, pero abierto á la compasión y á la gratitud... Gracia, amiga ideal, haga usted lo que quiera: ¿quién soy yo para torcer su albedrío, si me hallo desconcertado y confuso ante usted, y lo que débilmente rechaza mi pensamiento estremece mi corazón hasta hacerme llorar?...

GRACIA Usted siempre agrandando las cosas...

GONZ. No, Gracia: perdóneme usted este arranque de sinceridad y de noble egoísmo, ya que estamos hablando íntimamente. Usted no sabe lo que pasa por mí, y nadie con más derecho que usted á saberlo. Soy un niño: las lágrimas no me dejan hablar... Yo no vivo con mi presente sólo: á la realidad de mi presente llevo siempre ligada como una reliquia la idea de mi pasado. Y créame usted: en este momento, mi orgullo se estremece al ver que el hijo de Vega el herrero, cuya ambición es insensata, llega adonde

quiere conducido por la mano de una mujer ilustre, noble, buena... y hermosa.

GRACIA Calle usted, calle usted...

GONZ. No puedo. Me parece que me hallaba en una caverna oscura, tenebrosa, buscando en vano la salida, un resquicio de luz para orientarme, y de pronto, allá lejos, en una revuelta ignorada, he descubierto un punto luminoso; he corrido hacia él frenético de alegría, le he visto agrandarse, agrandarse... y al fin he salido al campo libre, á los montes, al cielo, al sol, y he respirado con avaricia el aire puro...

GRACIA ¡Gonzalo!

GONZ. El empleo de mi vida ha sido soñar: entre las páginas de mis libros están mis sueños de gloria y de amor, como si fueran flores disecadas... Pero, con soñar tanto, nunca imaginé que los obreros de mañana, los artífices, los hijos del trabajo, los niños de hoy, pudieran bendecir nuestros nombres juntos...

GRACIA Nuestros nombres juntos...

GONZ. Sí. ¿Llora usted, Gracia?

GRACIA ¿No lo ve usted?

GONZ. Esas lágrimas son para mí un premio inestimable.

GRACIA No son más que el rocío de las flores de sus libros de usted...

GONZ. Gracia, ¿qué quiere usted decirme?

GRACIA Déjeme usted, Gonzalo...

GONZ. ¿Por qué tiembla usted?... ¿Por qué tiemblo yo?...

GRACIA Los dos temblamos por lo mismo.

GONZ. ¿Serás tú verdad también, delirio de mi vida?... (Gracia asiente delicadamente con la cabeza.) (Con ansia amorosa.) ¿Sí?

GRACIA (Casi sin voz y sin palabra.) Sí.

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo. Es por la tarde y en el mes de Octubre

ESCENA PRIMERA

DON FAUSTINO y BERRUGUETE

(Don Faustino sentado, con un periódico en la mano. Berruguete sale por la puerta de la derecha, sin sombrero, pero con una preocupación en la cabeza.)

D. FAUS. ¿Quién era?

BER. Nadie. Efectivamente, no habían llamado

D. FAUS. ¿Lo ve usted?

BER Es que hoy tengo yo motivos para creer que llaman á todas horas.

D. FAUS. Claro: como no ha ido usted á la fiesta...

BER. No es eso, no...

D. FAUS. ¿Por qué se ha quedado usted, cuando han ido todos?

BER. Porque para algo me ha hecho usted secretario suyo, dispensándome un altísimo honor.

D. FAUS. El honor es para mí, señor de Berruguete. Además, si le quitaron á usted su empleo por faltas de que tenía la culpa mi hija más que usted, lo menos que yo podía hacer es lo que he hecho.

BER. Pues ya se ha comentado por ahí de muy mala manera.. y ya hay quien dice que saqué mi tajada. y ya... En fin, quede esto aquí. A su tiempo se sabrán las cosas.

D FAUS. No haga usted caso de chismes ni de hablillas. Usted es un hombre superior.

BER. ¿Y usted, por qué no ha ido?

D. FAUS. Por varias razones... Como nunca salgo de mi casa, al hacer una excepción el día de hoy, hubiera parecido que me movía la vanidad ó que quería compartir con mi hija lo que, en rigor, corresponde á ella sola. Además, la calle me aturde; la mucha gente me marea..

BER. Ya: eso sí. ¿Va usted á acabar de leer el artículo ese?

D. FAUS. Sí; ya queda poco.

BER. Pero es lo más bonito. El señor Segarra pone la pluma que da gusto.

D. FAUS. (Leyendo.) «Volvemos á decirlo otra vez: solemne es el día de hoy en la historia de Guadalema, y habrá repique general de alegría en los corazones de todos los buenos.

Cuando una idea generosa, debida á un hijo ilustre de esta ciudad, fracasaba por motivos tan complejos como poco simpáticos, una voluntad de acero, puesta al servicio de un corazón de oro, ha sabido y podido realizar por sí sola lo que entre todos no logró realizarse.

La señorita de Latorre, Gracia Latorre, como familiarmente la llamamos en Guadalema, al colocar hoy la primera piedra de ese Asilo para los niños pobres, al echar los cimientos de obra tan admirable, con liberalidad y largueza que la enaltecen, ha pensado sin duda con el poeta:

Dios, que da su follaje al bosque umbrío
y al alba su arrebol,
para templarnos el calor y el frío
no cuenta, no, las gotas del rocío
ni los rayos del sol.»

BER. Me afecto, me afecto...

D. FAUS. «Orgullosa debe estar de su arranque subli-

me: tiene el premio más alto en su propia acción. Cuando ese Asilo, que hoy principia á ser una realidad, lo sea completamente, las madres de Guadalema á cuyos hijos sirva de refugio y amparo, bendecirán á Gracia Latorre; y cuando, rendidas por el sueño, caigan bajo el peso del trabajo del día, el postrer pensamiento de todas será para ella, bien así como el último rayo del sol á la tarde es para la cumbre más elevada y hermosa. ¿Qué mejor premio?»

BER. ¡Anda! ¡que les va á sentar bien á Lolita Sanjuán y á su madre!

D. FAUS. Amigo Berruguete: no se alegre usted nunca del bien de nadie porque haga rabiar al vecino.

BER. Pero ¿usted sabe cómo está esa familia, señor?.. Digo, esa familia y muchas. Crea usted que la noticia del rasgo de Gracia cayó como una bomba. Ha sido un mes de no descansar las tijeras. ¡Que se fastidien!

(Don Faustino pasea. Berruguete, de pronto, principia á dar al aire cortes y reveses, como si se estuviera batiendo á sable.)

D. FAUS. (Advirtiéndolo.) ¿Qué hace usted?

BER. Nada, no... nada... ¡Pícaros nervios!... ¿De manera que le ha gustado á usted el artículo de *El Defensor?*

D. FAUS. Sí; mucho.

BER. Ese Segarra vale, ¿verdad?

D. FAUS. Yo le tengo en gran estimación. Empobrecido en su periódico, defendiendo sus ideas siempre con el mismo entusiasmo, y eso que ya, por viejo, sabe que no ha de verlas realizadas, ni un solo momento ha perdido ni su fe, ni su dignidad.

BER. De esos cocos, pocos.

D. FAUS No tan pocos, ilustre Berruguete. Hay muchos hombres de valer, modestos y oscuros, como cohibidos y asustados ante el triunfar escandaloso de los enanos que chillan para que se les vea.

(Pausa Don Faustino continúa paseando. Berruguete

lucha entre su impulso de dar tajos y mandobles y la presencia de don Faustino.)

BER. Tardan, tardan los de la fiesta...

D. FAUS Esas ceremonias son siempre largas. Empiezan los discursos... quieren hablar todos...

BER. Ah, lo que es yo, si llego á ir, hablo. Y hablo para hacer sangre. (Se tira á fondo sin poder contenerse.)

D. FAUS Criatura, ¿está usted loco?

BER. Perdóneme usted... Es que me sucede una cosa... Ya saldrá, ya saldrá... (Mira su reloj.) (¡Huy!) Con su permiso me voy á llegar en un soplo á la Cervecería... Cosa de dos segundos...

D. FAUS. Lo que usted quiera: yo no le necesito.

BER. Gracias. Vengo al instante... (Vase por la puerta de la derecha, dando sablazos.)

D. FAUS Sí que debe de ocurrirle algo anormal... (Oyendo charloteo por el jardín.) Ya está aquí mi gente. (El charloteo no deja de oirse hasta la aparición de Gracia y Manolita, las cuales se supone que están despidiendo á otras señoras.)

ESCENA II

DON FAUSTINO, JULIA, CARMEN y DANIEL

(Carmen y Daniel son, como Julia, criados de la casa. Vienen por el jardín, de la fiesta, con los trapitos de cristianar.)

D. FAUS ¡Hola! ¡hola! Pensé que no volvía ninguno.

JULIA ¡Ay, señorito!

D. FAUS ¿Qué tal ha estado aquello?

JULIA ¡Ay, señorito!

CAR ¡Lo que nos hemos acordado de usted!

DAN. Ha habido tres discursos.

JULIA ¡Y qué apreturas! ¿Verdad, tú?

CAR. ¡Ah, qué apreturas!

DAN ¡Qué gentío! Gente pobre, la mayor parte.

JULIA Y señorío también.

CAR. ¡Y qué de palmas! ¡y qué de vivas!

DAN. Tres discursos he contado yo.

D. FAUS ¿Y la señorita, está ahí?

JULIA Ahi está despidiéndose de unas señoras.
D. FAUS. ¿Y Diego y Roque?
DAN. Detrás de nosotros venían.
D. FAUS Bueno, bueno; pues andad á vuestros quehaceres.
JULIA Vamos, tú.
CAR. Vamos. (Se van las dos por la puerta de la izquierda.)
DAN. Habrá que leer los papeles mañana. El cojo ha estado bueno de verdad. (Se va por la puerta de la derecha.)

ESCENA III

DON FAUSTINO, SALVADORA y JUAN, luego SARMIENTO, después GRACIA y MANOLITA

(Todos por el jardín, como los criados.)

JUAN Tenga usted muy buenas tardes, don Faustino.
D. FAUS. ¿Qué es eso? ¿También vosotros venís de allá?
JUAN ¡No que no!
SALV. Nosotros, los primeros
JUAN Que sea para bien, señorito, como tiene que ser. ¡Qué cosa más manífica!
SALV. De eso se ve mu poco.
JUAN A ésta creí que tenía que llevármela. Se le encogió el corazón cuando principiaron las mujeres á darle vivas á la señorita, y en na estuvo que se me privase.
SALV. Me entró un ahogo...
JUAN ¡Qué cosa más manífica, señor!...
SAR. (Emocionadísimo y atolondrado.) ¡Solemne! ¡solemne! Esta es la palabra. ¡Deme usted un abrazo!
D. FAUS. ¡Querido Sarmiento!
SAR. ¡Solemne! ¡solemne! ¡Una honra para todos! Tiene usted una hija que yo quisiera que fuese mía.
D. FAUS. Muchas gracias. Digo lo mismo de su señora de usted.

SAR. — ¡No, no! ¡Manolita ha ayudado; pero no, no!.. ¡Qué acto! ¡qué fiesta! ¡Solemne! ¡solemne! (Este señor parece que tiene la cabeza de papel, según lo poco que le pesa y lo que la mueve. Hablando jadea frecuentemente como perro cansado. Viene de levita y con botón en la solapa.)

D. FAUS. — Aquí está mi heroína.

GRACIA — ¡Ay, gracias á Dios! ¡Papá! (Se abrazan.)

MAN. — ¡Se ha perdido usted, por comodón, la alegría más grande de su vida!

D. FAUS — La más grande la tengo ahora.

GRACIA — Has debido ir, papá. Te hubiera gustado.

D. FAUS. — Ya sabes que prefiero las cosas contadas por tu boca á vistas por mis ojos.

MAN. — ¡Qué fiesta, don Faustino! ¡qué espectáculo!

SAR. — ¡Verdaderamente solemne!

GRACIA — (Separándose de su padre.) Abuelos, me han dicho que traéis una comisión.

JUAN — Sí, señorita...

GRACIA — ¿Qué es ello? Veamos.

JUAN — Que esta noche en los barrios hay hogueras... y pólvora... y baile... y jaleo... y como saben tos que yo tengo aquí algún metimiento, y ésta también, nos dijeron, dicen: «¡A ver si la señorita Gracia quiere ir... aunque no sea más que á pasar por la calles! ¡que nos daría mucha sastifación de verla!.. »

GRACIA — Iré.

MAN. — Iremos.

SAR. — Iremos, iremos.

JUAN — Dios se lo premie á usté, señorita. Anda, tú, vamos á decirlo nosotros.

SALV. — ¡Lo contentos que van tos á ponerse!

JUAN — De aquí á la noche hago yo un arco á la puerta e casa pa que pase la señorita por debajo.

SALV. — ¡Ah!

JUAN — ¡Y en lo alto le voy á poner la estampa e la República! (Se ríen todos. Salvadora y Juan se retiran, riéndose también.)

ESCENA IV

GRACIA, MANOLITA, DON FAUSTINO y SARMIENTO

GRACIA No tienes idea de lo contentísima que vengo, papá.

SAR. Con razón, don Faustino; porque ha sido una cosa... ¡solemne!

D. FAUS. Pero bien, bien; necesito detalles, pormenores... (Se sienta.) Explíquenme ustedes en qué ha consistido esa solemnidad de que habla Sarmiento.

MAN. Yo tengo una excitación, una alegría ..

GRACIA Mira, papá: estaba el campo que daba gloria verlo. El día, hermoso: por todas partes no había más que sol. Mucha gente, ¿sabes? muchísima gente. Sobre todo mujeres del pueblo. De seguro que en Guadalema no se ha quedado una sin ir. Y, qué sé yo, á mí me parecía que todas llevaban niños en los brazos. Cuando llegué en el coche me recibieron con palmas y vivas, abriéndome paso. No se me olvidará ese momento Al bajar, algunas me besaron el vestido. Los hombres tiraban las gorras por el aire... Yo quería hablar y no podía; quería sonreir y se me saltaban las lágrimas... Como ahora, lo mismo que ahora... Oye: un muchacho obrero, me dijo: «Señorita, con seis como usted... se acababan los mitins.» (Siéntase junto á don Faustino.)

MAN. El elemento oficial no ha faltado, ¿eh? No podemos quejarnos de las autoridades... Hemos tenido música del Ayuntamiento, cohetes, discurso del Gobernador ..

SAR. ¿Ha hablado el Gobernador?

MAN. Sí, hombre: ¿no lo oiste? Pero más valía que se hubiera callado. ¡Qué premiosito y qué torpe estuvo! (Imitándolo.) «Verdaderamente, señores... hem... verdaderamente... hem... hem... verdaderamente...» Verdaderamente no daba pie con bola. Y á todo esto con los

pies así: lo mismo que la sota de oros. (se sienta también.)

GRACIA El que dijo poco, pero bueno, fué Segarra, tu amigo.

D. FAUS. Ese tiene mucho talento.

SAR ¡Oh! ¡Ese estuvo... estuvo solemne! ¿Cuál es Segarra?

MAN. El de *El Defensor*; el viejecito aquel del cabello blanco... ¿no lo conoces?

SAR. Ah, sí. No me acuerdo, pero ya sé quién es.

GRACIA Habló seguido, seguro, sin equivocarse, como si en vez de hablar leyera lo que iba diciendo en el horizonte. Sin un grito, sin un desplante, sereno... importándole poco que lo aplaudieran. Al final, dijo .. «Estos niños de hoy, para quienes en breve se alzará en este sitio un techo y un hogar, á cuyo fuego debemos echar todos algún tronco de leña, serán mañana los hombres que muevan nuestros talleres, los que levanten nuestras casas, los que cultiven nuestros campos, los que formen y mueran en el monton anónimo del ejército.. Y á trueque de tanto como ellos van á darnos, ¿qué mucho que nosotros les regalemos con un poco de salud, que es paz y alegría?» El lo dijo mucho mejor y con más palabras; pero fué una cosa así, ¿verdad, Manolita?

D. FAUS. ¿Y Gonzalo, no habló?

SAR. ¡Sí, hombre, sí!

MAN. ¡No, hombre, no! ¿Cuándo habló Gonzalo?

SAR. Será que me distraje yo.

GRACIA El muy tonto no quiso: ¡me dió una rabia! Y cuidado que se lo pidieron. Pero si parecía que iban á ajusticiarlo...

MAN. Otro que también estuvo muy oportuno fué el último orador...

GRACIA Ah, sí...

MAN. Calla: no digas quien es. A ver si tu padre lo conoce.

D. FAUS. Con seguridad.

MAN. (Imitando á Solano.) «¡Joroba!...»

D FAUS. Basta: no siga usted adelante.

MAN. «¡Joroba! ¡Aquí no se trata como á niños

más que á los hijos de los grandes, de los que pueden; á los que vemos en los paseos, limpitos y adornados, corriendo detrás de las mariposas con los buclecitos rubios sueltos al aire! ¡Niños son esos, ya lo sé! ¡Pero ¡joroba! también son niños los que venden papeles y décimos de la lotería; los que se ponen delante de la tropa con palos y cañas; los que nos piden limosnas por las calles y á quienes apartamos á empellones como bichos molestos; los que nacen enclenques, raquíticos, deformes; los que viven explotados por padres postizos; los que no tienen pan que llevarse á la boca; los que mueren sin madres que los cuiden y les den calor!... ¡Esos también son niños, joroba! ¡Y mientras sean niños hay que cuidarlos y atenderlos igual que á los de bucles rubios que corren detrás de las mariposas de colores, que tiempo habrá, cuando lleguen á hombres, de que andemos todos á la greña! ¡Mil. . y no sé cuántas jorobas!...

D. FAUS. Lo aplaudirían á rabiar.

GRACIA Una locura.

SAR. Pues yo no me enteré bien, porque estaba un poco distraído, pero en un acto tan solemne como el de hoy, sobraban las jorobas.

MAN. Si es que iba el pobre un poquillo bebido.

D. FAUS. Ah, pero ¿bebe Solano?

MAN. ¡No!

ESCENA V

DICHOS y BERRUGUETE

BER. (Por la puerta de la derecha, con el sombrero puesto, excitadísimo y lleno de alegria.) ¡Toda júbilo es hoy la gran Toledo! ¡Deme un abrazo cada uno!

GRACIA ¿Qué ocurre?

MAN. ¿Qué hay?

BER. ¡Acta! ¡acta!

D. FAUS. ¿Cómo acta?

BER. (Sacando un pliego escrito del bolsillo.) Aquí está. Por poco tengo un duelo.

GRACIA ¿Un duelo?

MAN. ¿Usted?

SAR. ¿Usted?

D. FAUS. Me lo había figurado.

BER. Sí, señores, yo: yo mismo. Evaristo Berruguete y Diz.

GRACIA ¡Pero Evaristo!...

BER. Anoche, anoche fué la cosa .. Entre paréntesis: acabo de encontrar á Gonzalo: ya sé que la fiesta ha sido conmovedora, lucidísima...

SAR. ¡Solemne!

BER. Lo que yo me alegro no hay para qué decirlo: soy de los leales. Bueno, pues á lo que iba: mi cuestión, como digo, fué anoche. Con Colmillo, el del Instituto Se discutía si el Casino debía colgarse ó no con motivo de la fiesta de hoy. Nos trabamos de palabras, nos insultamos... ¡pin! pan! dos puñetazos... padrinos en seguida. Los míos, Gordillo y Suárez; los suyos, Molero y Domínguez. Aquí está el acta. ¡Honrosísima para mí! Oigan ustedes. (Principia á leer y á cada paso murmura ó gruñe las palabras escritas que él no considera del todo interesantes. Los murmullos y gruñidos se indican con puntos suspensivos.) «En la ciudad de Guadalema, á 4 de Octubre..... reunidos los señores don Francisco..... y don Gaspar..... en representación de don Evaristo..... y don Andrés..... y don Antonio..... en representación de don Arturo..... para tratar de una cuestión habida entre sus representados en la noche..... después de discutir largamente, ambas representaciones no tuvieron reparo en convenir que..... en un momento de arrebato, y habiendo sido la acción simultánea..... un puñetazo por cabeza..... dan por satisfactoriamente zanjada la cuestión, y se complacen en declarar..... perfectos caballeros. Y para que conste, extienden la presente en el día de la fecha Las cuatro firmas.....»

D. FAUS. ¡Honrosísima! Venga usted á mis brazos. Tengo un secretario que no me lo merezco.

BER. Gracias, don Faustino.

MAN. Enhorabuena.

GRACIA Muy bien, Evaristo: pero no ha debido usted meterse..

BER. ¡Era mi deber! Para las ocasiones son los amigos. Todas las grandes obras de la humanidad han costado sangre de inocentes.

D. FAUS. Todas, menos esta.

SAR. ¿Y ha sido á sable?

BER. ¿Cómo á sable?

MAN. Pero, Sarmiento, ¿no te enteras de que no se han batido?

SAR Perdona, mujer; me distraje un poco.

BER. Pues ahora, don Faustino, quisiera yo obtener de usted una nueva gracia.

D. FAUS. Concedida: á un hombre tan digno no puedo yo negarle un favor.

BER. Se trata de celebrar el lance con una comida en *La Bomba.*

D. FAUS. Ni una sílaba más: corra usted, que ya tarda.

BER. Muchísimas gracias, señor mío.

SAR. Nos iremos juntos. Lo llevo á usted en coche y todo.

BER. Yo voy al Casino primero.

SAR Adonde sea.

GRACIA ¿Pero luego vendrá usted á comer?

SAR. ¿Pero no hemos comido ya?

MAN. ¡Por Dios, Sarmiento, tienes la cabeza á las once!

SAR. Dices bien, hija... Hasta luego; no me despido. ¿Vamos?

BER. Vamos. (Se encaminan hacia el foro.)

SAR. (Retrocediendo.) ¡Ah!

MAN. ¿Qué quieres?

SAR. No; nada... Luego lo diré. ¿Vamos?

BER. Vamos. (Vuelven á encaminarse hacia el foro.) ¡Ah!

GRACIA ¿Qué?

BER. Si acaso vinieran... Por más que no... Bueno, yo se lo prevendré al portero. ¿Vamos?

SAR. Vamos.

BER. (Yendo hacia la derecha.) Por aquí llegamos más pronto.

SAR Pues vamos por aquí.

MAN. ¡Pero si el coche está en la verja, Sarmiento!
SAR. ¡También es verdad! Por aquí.
BER. Por aquí. (Se marchan por el foro.)
SAR. (A Berruguete, mientras se alejan.) ¡Ya le digo á usted; ha sido una fiesta solemne!
MAN. ¡Jesús, qué hombre! Me ataca los nervios. ¡Nunca se da cuenta de lo que hace! Y en todo es así.
GRACIA ¡Pobrecillo Evaristo! No dejo de pensar en su aventura...
D. FAUS. ¡A qué extremos lo lleva la amistad!... Porque si no lo arreglan se rompe la crisma con el otro.
GARCIA ¡Vaya!
MAN. (Después de mirar hacia la derecha, bajo á Gracia.) Ahí tienes á Gonzalo.—Don Faustino, ¿usted será tan amable que me acompañe á dar una vueltecita por el jardín? Tenemos que hablar.
D. FAUS. Con mil amores, señora mía. Ya sabe usted quién es mi flaco en este mundo.
MAN. ¡Guasón!
D. FAUS. ¿Vienes tú, Gracia?
MAN. No: Gracia no quiero yo que se entere de eso.
D. FAUS. Perfectamente. Ya sé yo entonces de lo que vamos á tratar.
MAN. Puede que se equivoque usted.
D. FAUS. Veremos. Mi brazo, Manolita.
MAN. Don Faustino, mi brazo.
D. FAUS. (Yendo hacia el jardín, por donde se retiran.) Cada día lamento más no haber nacido medio siglo después.

ESCENA VI

GRACIA Y GONZALO

GRACIA (A Gonzalo, que sale por la derecha.) ¡Gonzalo! Ya era hora.
GONZ. ¡Gracia! Perdóname.
GRACIA ¿Estás contento?
GONZ. Te ofendería si no lo estuviera.

GRACIA ¿Y tus padres?

GONZ. No los hay más felices. Otra razón para que yo esté contento. ¿Y el tuyo?

GRACIA Me adora, y basta. Al jardín se lo ha llevado Manolita. Nuestra amiga le estará contando... lo que él sabe de más... (se sientan.)

GONZ. ¿Crees tú?... ¿Y á mí que me gustaba este misterio de nuestro cariño?... Me asusta pensar lo que dirán de mí cuando se sepa.

GRACIA ¡Vuelta á los temores de la opinión! Aprende á despreciarla, tonto. Lo que pienses tú de tí mismo, eso es lo que debe importarte.

GONZ. Ahora sólo me importa lo que pienses tú. A tu lado no soy el que soy. El mundo de todos se acaba para mí cuando te hablo, cuando te veo, porque tú eres mi mundo, mi sueño, mi musa, mi ideal, mi reina protectora...

GRACIA Y sin embargo, digas lo que digas, te acuerdas del mundo de los demás y tienes penas esta tarde. ¿Es cierto?

GONZ. Sí. Pero tus ojos las disipan.

GRACIA Pero las tienes. ¿Cuáles son? ¿Qué puede amargar tu alegría?

GONZ. La tristeza que engendra, Gracia.

GRACIA ¿A quién?

GONZ. A muchos.

GRACIA A los que nacieron ruines y miserables.

GONZ. Es que ellos no hubieran querido nacer así.

GRACIA ¿Los disculpas?

GONZ. Los disculpo... y los compadezco. Pero me nublan la alegría. Siento á veces tener satisfacciones y glorias, porque sé que para muchos son rabia y dolor.

GRACIA Pues, hijo, yo no voy tan allá: acepto las cosas como las hallo. Los que rabien y se duelan de lo de esta tarde, no son dignos de lástima.

GONZ. Hay en ello un hecho, Gracia de mi vida, que me tiene fuera de mí. ¿Viste á José Ramón?

GRACIA No lo ví: no estaba.

GONZ. Pudo estar y no verlo tú.

GRACIA No estaba.

GONZ. ¡Hombre más extraño!... Yo no quiero que sea verdad esta sospecha que me está quemando el corazón como un hierro encendido...

GRACIA ¿Dudas de su lealtad?

GONZ. A pesar mío, dudo.

GRACIA ¿Hace mucho que no hablas con él?

GONZ. Desde que le salvé á Nela.

GRACIA ¿A su hija?

GONZ. Sí. ¿No te he dicho?... Con tanto hablar de tantas cosas... Estuvo muy grave. Sin saber yo por qué, llamó para que la viera á don Alejo... Y la niña se moría, se moría... y hasta entonces no acudió á mí.

GRACIA ¡Cosa más singular!

GONZ. Es misterioso y raro como ello solo. Desalado corrí á la casa.. Figúrate: yo sabía que Nelita era su único cariño. Le reñí duramente. El no supo excusarse: parecía idiota: no me decía más que: «¡Sálvala!... ¡sálvala!..» Fué preciso operar como único remedio: la niña se ahogaba... se ahogaba por instantes... Se llevaba las manecitas crispadas al cuello, como si quisiera arrancarse el dogal angustioso que la oprimía... Practiqué la operación felizmente... A todo me ayudó José Ramón con frialdad y firmeza de estatua... Pero cuando vió que el aire entraba al fin en los pulmones de su Nela, que su carita se animaba, que su color violáceo se extinguía, que abría los divinos ojos y lo miraba con ansia de vivir, José Ramón rompió á llorar como un loco y se puso á besarme las manos, manchadas aún con sangre de su hija.

GRACIA ¡Qué dolor!

GONZ. Seguí yendo á la casa hasta que dejé á la niña fuera de peligro. El me recibía siempre tembloroso, febril... casi mudo. Después de esto, ni él me ha buscado como de costumbre, ni yo lo he visto por ninguna parte.

GRACIA Es increible.

GONZ. Unicamente lo explica mi sospecha... y por eso me duele tanto.

GRACIA (Pensativa.) Es verdad.

ESCENA VII

DICHOS y DANIEL

DAN. (Por la puerta de la derecha.) Señorito.

GONZ. ¿Qué hay?

DAN. El señorito José Ramón pregunta por usted.

GONZ. (Con gran sorpresa, levantándose.) ¿Eh? ¿Pero está ahí?

DAN. Sí, señor.

GONZ. ¿Está usted seguro de que es él?

DAN. ¡Seguro! Me ha dicho que haga usted el favor de salir, que tiene que hablarle.

GONZ. ¡Casualidad mayor!

GRACIA ¿Qué te querrá? Lo mejor es que entre.

GONZ. Sí, sí... Dígale usted que entre. (Vase Daniel.)

GRACIA Te dejo con él.

GONZ. Sí... Me ha sobrecogido... Sea para lo que sea, me alegro de que me busque esta tarde.

GRACIA Allá veremos para lo que es. Hasta luego.

GONZ. Hasta luego.

(Vase Gracia por la puerta de la izquierda, mirando á Gonzalo.)

ESCENA VIII

GONZALO y JOSÉ RAMÓN

(Gonzalo mira hacia la puerta por donde José Ramón ha de salir. Este tarda un poco.)

J. RAM. Gonzalo, Dios te guarde.

GONZ. Bien venido seas, José Ramón. Hubiese yo sentido que no me vieras en el día de hoy.

J. RAM. Yo no habría podido pasar sin verte. Vengo de tu casa: me dijo tu madre que aquí te encontraría... Tengo que hablar contigo.

GONZ. Háblame.

J. RAM. Aquí no. Vámonos al campo: los dos solos...

GONZ. Ahora es imposible. Más tarde... á la noche...

J. Ram. No: ahora. ¡No espero ni un segundo más!

Gonz. Pues habla: ¿para qué hemos de movernos de aquí? Estamos solos.

J. Ram. ¿No me oirá nadie?

Gonz. Descuida.

J. Ram. Pues bien: oye tú. Decidido estaba á escaparme de Guadalema como un ladrón; á esconder mi vergüenza y mi desgracia en el último rincón del mundo. Pero ni escaparme he podido: hay una fuerza superior á las mías que aquí me ata, que me acerca á tí, que me impide ser dueño de mi voluntad...

Gonz. No te entiendo, José Ramón... ¿Qué dices? ¿Qué quieres?

J. Ram. Confesar.

Gonz ¿Confesar... qué?

J. Ram. Lo que soy... lo que he hecho contigo.

Gonz. ¿Tú?...

J. Ram. No puedo más; tenme lástima. Desde que cayó enfermita mi Nela sostengo una batalla interior que me destroza... Nunca creí que resistiese tanto un cuerpo miserable... (A un movimiento de Gonzalo.) Oyeme: no me digas nada hasta oirme... (Habla con anhelo, entre febril y avergonzado, con ansia de librarse pronto del peso que le oprime.) Gonzalo, tú no sabes qué cosa es la envidia ni á qué extremos lleva. Corazón en que arraiga, corazón podrido... Tan ambiciosa es que no quiere que ningún otro sentimiento la estorbe... A mí me los aniquiló todos, menos el amor á mi hija, por ser ajeno á ella... No presumía que alguna vez este amor pudiera convertirse en su enemigo y la venciera y la delatara... Yo he sido, yo, tu amigo, tu hermano, quien te hizo tropezar y caer en el camino de tu empresa noble y grande... Yo he sido, sólo yo: no los culpes á todos; no culpes á ninguno... Cúlpalos por indiferentes, por frívolos, por necios, pero por enemigos no. He sido yo, yo sólo, quien socavó los cimientos del edificio que ya empezaba á levantarse para gloria tuya. Removí las pasioncillas ruines, las mi-

serias, el fango, poco ó mucho, que llevamos dentro... ¿Quién no tiene una llaga de la que salta sangre con sólo un soplo?... Logré mi empeño: destruí tu obra: triunfé; vencí... ¡Imbecil! ¡Triunfo ridículo; victoria necia!... ¡La envidia no destruye nada, más que el cuerpo ruín que la lleva dentro!.. Tu fracaso... óyeme, Gonzalo, óyeme bien... tu fracaso me produjo una alegría insensata... feroz...

GONZ. Calla: no sigas.

J. RAM. Déjame hablar, que cada palabra es una saeta que tengo clavada en el pecho, y me las voy sacando una á una. Tu fracaso me llenó de júbilo: era la primera vez en la vida que dominaba yo, que imponía mi voluntad, que vencía. Trabajo me costó no salir por las calles riendo á carcajadas. ¿Has visto alguna vez alegría más triste? (*Con ironía.*) Pero como en el mundo no hay dicha completa, sin duda para que no la saboreara á gusto, mi Nelilla enfermó. No quieras pensar el espanto que se apoderó de mi alma: te juro que después de aquello no hay en lo humano nada que me estremezca. Llamarte era imposible, y sin embargo yo sentía que tú podías salvar á mi tesoro... ¡Tremenda pelea entre mi conciencia y mi corazón!... Tremenda... pero breve. La niña enferma... moribunda... venció al padre cuando se creía más fuerte y poderoso... ¡Pobre José Ramón!...

GONZ. Basta ya, basta ya...

J. RAM. No basta: me quedan saetas todavía. El talento y la ciencia que yo te envidiaba, aquello que me hizo atentar contra tí... aquello que yo hubiera querido arrebatarte, me devolvió lo único que sentiría que me quitaran: mi Nela. ¿Imaginas castigo mayor? No sabes tú, no sabe nadie lo que es mi Nela para mí. La de sus ojos es la única luz que entra en mi alma, que alumbra mi casa y mi vida; su infantil charloteo, la única música que halaga mis oídos; sus mentiras, sus cuentos, sus historias, lo único que en el

mundo me interesa; las de sus manitas suaves las únicas caricias que tengo... Ella me riñe, me canta, me pega, me divierte, me arrulla... Por las noches no duerme si yo no voy á asustarle el miedo: por las mañanas va á besarme á la cama y me despierta como un rayo de sol... Mira todo lo que me has devuelto tú en pago de lo que yo te hice. Perdóname.

(Silencio.)

GONZ. Quien así siente... y sufre... y confiesa, bien merece que se olvide su culpa y se le perdone... Hacer bien, acaso sea más fácil que hacer mal, arrepentirse y confesarlo.

J. RAM. Dios te lo pague. ¡Quién pudiera borrar los hechos!...

GONZ. (Abrazándolo.) No hay manera de borrarlos más que así.

J. RAM. Ni aun así se borran. Ese Asilo de niños, cuya primera piedra se ha puesto hoy, será para mí perpetuamente una acusación y una burla.

GONZ. Pero será también un consuelo.

J. RAM. Verdad. (Callan un instante.) ¿Y Gracia?

GONZ. Conmigo hablaba cuando llegaste tú.

J. RAM. Dime: ¿es cierto lo que se murmura por Guadalema?

GONZ. ¿Qué se murmura?

J. RAM. Que la quieres.

GONZ. Es cierto.

J. RAM. ¡Qué hermosa es tu vida!... ¡qué envidiable! ¡Cuántas veces me acuerdo, pensando en ella, de la primera conversación que tuvimos cuando yo vine á Guadalema! ¿Te acuerdas tú?

GONZ. Mucho.

J. RAM. «¡El hijo de Vega el herrero!» ¡Ya le llaman á tu padre «el padre de Gonzalo!» ¡Qué orgullo para tí!. . ¿Por qué no he tenido yo nunca nada de esto? ¿Tú sabes responderme?

GONZ. Yo no.

(Sale Gracia por la izquierda.)

ESCENA IX

DICHOS y GRACIA

J. RAM. ¡Gracia!

GRACIA Dichosos los ojos...

GONZ. Ya pareció.

GRACIA Aquí habíamos hecho comidilla de usted.

GONZ. Tiene disculpa. Perdónalo tú como yo, porque tiene disculpa.

J. RAM. Mi Nela... mi niña... ¿sabe usted?... ha estado enfermita... muy grave... Gracias á éste...

GONZ. Y atendiéndola con mil cuidados primero... y distrayéndola después... no ha podido...

GRACIA Nada más natural.

GONZ. Casi casi es la niña quien le ha hecho venir á buscarme.

J. RAM. Cierto, cierto... (Con emoción vivísima.) Gonzalo sabe ya lo que mi Nela puede conmigo... El me ha perdonado... ¿Usted también me perdona, Gracia?

GRACIA También: es claro... Una niña, una hija, manda imperiosamente.

GONZ. Los niños nos gobiernan ahora: á nosotros, á tí...

J. RAM. ¡Y cuánto mejor gobiernan que los hombres!

GRACIA Como que los hombres mejores son los que tienen algo de niños.

J. RAM. Verdad, Gracia, verdad. Siempre que vengo aquí, me voy contento. ¡Pero qué diferentes alegrías, aquélla... y la de hoy!... Adiós, Gracia: adiós, Gonzalo.

GRACIA ¿Se va usted?

GONZ. ¿Te vas?

J. RAM. A buscar á mi Nela: mi dicha. Los dejo á ustedes con la suya.

GONZ. }
GRACIA } Adiós.

J. RAM. Adiós. (¡Lejos de aquí: muy lejos!...) (Vase por la puerta de la derecha, taciturno y sombrío.)

ESCENA ÚLTIMA

GRACIA y GONZALO, MANOLITA y DON FAUSTINO

GRACIA (Con amargura.) ¿Acertaste?

GONZ. Por desdicha, acerté. Yo no he sentido nunca tristeza más grande... Sólo me alivia de ella la confesión de mi pobre amigo; esta conquista hecha por la fuerza del dolor y del bien. Quizás no era malo, y su vida lo arrastró á serlo. La de su hija creo que lo salvará...

GRACIA No lo dudes: la Nela te devuelve á tu amigo.

GONZ. Siempre salen de tu boca palabras de consuelo para mí. Olvidemos estas batallas pasajeras y hablemos de nosotros. Mírame, que quiero olvidar...

GRACIA Todo me lleva á ser feliz esta tarde.

GONZ. Ocultemos nuestro cariño, Gracia; escondámoslo en nuestros corazones; que nadie lo vea, que nadie lo conozca, para que nadie lo pueda manchar.

GRACIA No temas, Gonzalo: contra este castillo ideal que hemos levantado para vivir nosotros, nada valen los hombres.

GONZ. Pero lo envidiarán también.

GRACIA ¿Y qué importa? El que sepa envidiar esta ventura, la merece.

D. FAUS. (Saliendo del jardín con Manolita, muy graves los dos.) Amigo don Gonzalo...

GONZ. ¿Don Faustino?

D. FAUS. Acabo de saber por esta señora una cosa que ciertamente no esperaba, y que, á decir toda la verdad... (Viendo la turbación de Gonzalo corta la broma y se echa á reir.) ¡Vamos, hombre, no ponga usted esa cara tan seria! ¡Es la primera broma de suegro! ¡Abráceme usted! (Manolita y Gracia se ríen.)

GONZ. (Abrazando á don Faustino, pero protestando contra la broma.) ¡Don Faustino, por Dios, que me ha dejado usted sin gota de sangre!

GRACIA Papá, parece que tienes quince años.

D. FAUS. ¿Pero para qué se callaban ustedes esto, que ya sabíamos de memoria Manolita y yo?

MAN. El desenlace de la comedia acaso se les antoje á ustedes vulgar y sencillo; pero no hay que darle vueltas: no tiene otro.

GRACIA Es absolutamente de nuestro gusto. ¿Verdad, Gonzalo?

GONZ. Verdad.

D. FAUS. Yo le encuentro un solo defecto: que se veía venir.

GONZ. Pues no será porque haya faltado quien quisiera torcer el curso de la corriente que á él nos llevaba. Pero sin duda lo que debe ser, es, más tarde ó más temprano. (A Gracia.) Alegrémonos con nuestra dicha, que ha nacido... de querer hacer la de los demás.

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, Setiembre, 1902

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico.
Belén, 12, principal, juguete cómico.
Gilito, juguete cómico-lírico.
La media naranja, juguete cómico.
El tío de la flauta, juguete cómico. (2.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (2.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (3.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros. (5.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto.
La vida íntima, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros. (2.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (3.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros.
El patio, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
El motete, entremés con música.
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (2.ª edición.)
La pena, drama en dos cuadros.
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música.
El nido, comedia en dos actos.
Las flores, comedia en tres actos.
Los piropos, entremés.
El flechazo, entremés.
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo.
Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música.
La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo

Precio: DOS pesetas

